Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

MIEDO EN LA OSCURIDAD




ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

318 - Macabro deseo, *Curtis Garland*.
319 - La risa del diablo, *Clark Carrados*.
320 - Mis amigos los muertos, *Ralph Barby*.
321 - Rosas de sangre, *Ada Coretti*.
322 - Dama de hierro, *Clark Carrados*.

LOU CARRIGAN

MIEDO EN LA OSCURIDAD

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 323
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 9.702 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Todavía sin salir del taxi, la pelirroja echó una mirada a la fachada del llamado *Night Club Night*, y, evidentemente, no le gustó su aspecto, porque frunció el ceño.

El taxista, que se había vuelto hacia ella y la miraba sonriente, señaló hacia el club.

— No es un sitio muy elegante — informó —, pero la gente suele pasarlo bien ahí dentro. Bueno, al menos, cierta clase de gente, usted comprende.

La pelirroja comprendía. Y comprendía también por qué el taxista se había expresado así: porque ella no parecía de la clase de gente que pudiera divertirse en un lugar como el *Night Club Night*. No sólo era inusualmente bonita, sino que todo en ella evidenciaba una distinción que ni siquiera su sencillo atuendo podía ocultar. Se dice que aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Pues bien, parodiando al revés esta frase, de la pelirroja se podía haber dicho que aunque las flores se vistan de cactus, flores se quedan.

Así era la pelirroja: bella y sugestiva como una flor. Una flor de ojos verdes, boca sonrosada, cuerpo escultural. No había muchas chicas como aquella en Nueva York, no.

– Sí, comprendo — sonrió la pelirroja—. En lo que a mí respecta, me conformo con que todo transcurra amablemente.

– Hay noches tranquilas — casi rió el taxista –, ¿Por qué no habría de ser ésta una de ellas?

– Cierto —rió encantadoramente la pelirroja— ¿Por qué no ha de ser esta noche una de esas tranquilas y amables?

Pagó el importe de la carrera, se apeó, y se acercó a la entrada del *Night Club Night*. Curioso nombre, Club Nocturno Noche, pero, realmente, cualquier nombre sirve para un local dedicado a proporcionar diversión. Lo malo es que cada cual entiende a su modo lo que es la diversión, y lo que a uno le gusta, a otro le disgusta. La gente es en verdad curiosa... ¿Por qué si la langosta está considerada como buena, hay quien se aburre con ella? ¿Por qué si el baile es divertido, hay quien se aburre soberanamente bailando? Y así, todo.

Incluso la atracción del Profesor Tenebro.

Allá estaba anunciada, en el cartel colocado a un lado de la entrada al *Night Club Night*:

¡MÁXIMA ATRACCIÓN EN NUEVA YORK!

Viva el penetrante y estimulante pánico de la más impenetrable oscuridad con él

PROFESOR TENEBRO

¡Sufra durante un minuto la más profunda angustia, que le hará sentirse vivo!

La publicidad de la actuación del tal Profesor Tenebro hizo sonreír a la bella pelirroja. ¡Fantástico! Allá tenía la prueba. ¡Vaya un reclamo para atraer a la gente!: estimulante pánico, angustia que le haría a uno sentirse vivo... Claro que, con el Profesor Tenebro pasaría como con todo, es decir, que a unos les gustaría y a otros no. Así son las cosas, así es la vida, así es la gente.

En lo personal, desde luego, la pelirroja pensó que ella no era de las personas que podrían disfrutar con el pánico y la angustia, pero, en fin, allá cada cual. Lo cierto era que ella había ido allí para ver al Profesor Tenebro, y eso iba a hacer.

Lo último que leyó, antes de entrar en el local, fue que aquélla era la tercera noche de actuación del Profesor Tenebro. A buen seguro que considerando la gran cantidad de masoquistas que corren por el mundo, no sería la última. Seguro: alguien que proporcionaba pánico y angustia debía tener un gran éxito. Chocante. Chocante en verdad.

El interior del local estaba acorde con la fachada. Era un lugar más bien sórdido, y, de momento, la pelirroja pensó que si el Profesor Tenebro ofrecía tanto, y lo cumplía, podía haber elegido otro local de más altos vuelos para sus representaciones. Pero en seguida, la pelirroja comprendió su error: ¿dónde si no en un lugar sórdido podía actuar un hombre que ofrecía la más impenetrable oscuridad»?

La pelirroja se dirigió hacia el mostrador por entre la densa nube de humo, recordando lo que habían publicado los periódicos acerca del Profesor Tenebro. Si era cierto, resultaba sensacional, no cabía de eso la menor duda: durante un minuto, el Profesor Tenebro convertía en ciegos a los asistentes a su actuación. Ciegos totales. Sin trampa, sin truco de público comprado, ni tonterías de ésas. Todos los clientes del *Night Club Night* se quedaban completamente ciegos durante un minuto... Espeluznante.

La pelirroja se acodó de lado en el mostrador, para echar un vistazo más detenido al lugar. Mesas en el centro, un largo diván corrido en la parte de enfrente al mostrador, un escenario dando frente a la entrada al local. Eso era todo, salvo el pequeño espacio dejado en el centro, entre las mesas, para que la gente bailase. Eso estaba haciendo en aquel momento una docena de personas, al ritmo del cuarteto musical que ocupaba el escenario...

— ¿Qué va a tomar?

La pelirroja se volvió para mirar al camarero, y sonrió de tal modo

que el hombre no tuvo más remedio que hacerlo a su vez.

– ¿Por dónde se llega a los camerinos? — preguntó.

– Hay una pequeña puerta a la izquierda del escenario… — señaló el camarero—, pero no se permite la entrada a nadie ajeno al club.

— Yo no soy ajena al club — sonrió de nuevo la pelirroja—: soy una cliente.

El hombre parpadeó. Luego, volvió a sonreír.

— De acuerdo. Vaya usted allá, y si con esa explicación convence a Sam, por mí está bien. Suerte.

Diciendo esta última palabra mostró el pulgar en alto. La pelirroja le correspondió con el mismo gesto, y se alejó del mostrador. Cuando llegó ante la puertecita que había a la izquierda del escenario elevado comprendió lo que había querido decir el camarero: Sam era el tipo más feo, malencarado y torvo que había visto en su vida, o poco menos. Y la estaba mirando con una expresión entre apreciativa y hostil.

– Hola, Sam — saludó la pelirroja.

– Hola.

– ¿Está el Profesor Tenebro ahí dentro?

– Está.

– Bueno, me gustaría charlar unos minutos con él antes de su actuación, si no tiene usted inconveniente.

– Tengo.

– Lástima —movió la cabeza la pelirroja—. ¿Usted sabe lo que es el karate?

– Sí.

– Bueno, pues yo soy karateka, ¿comprende? De modo que puedo apartarlo a usted de ahí delante con una patada en cierto sitio muy doloroso. Sin embargo, preferiría que llegásemos a un acuerdo amistoso. Le dejo elegir: ¿prefiere un beso o veinte dólares?

Una horripilante sonrisa apareció en el rostro de Sam.

– ¿Y por qué no las dos cosas? — repreguntó.

– ¿El beso y el dinero?

– Exacto, preciosa. Si usted tiene agallas para besar una cara como la mía, la dejo pasar.

– Trato hecho.

La pelirroja abrió el bolsito, sacó un billete de veinte dólares, y lo tendió a Sam, que se lo embolsó rápidamente. Luego, ofreció su repugnante jeta a la muchacha, que, sin timidez ni empacho, la besó, en ambas mejillas, con simpático gestó y no poca sonoridad.

– ¡Por mi madre…! —exclamó Sam—. ¡Lo ha hecho!

– Y sin vomitar —rió la pelirroja—. ¿Puedo ya entrar?

– ¿Y si yo ahora no se lo permito?

– Todavía me queda el karate.

– No tendría usted cojones de darme una patada en los cojones.

– Yo no tengo de eso, pero usted sí. ¿Quiere que le demuestre que lo mismo que beso pego?

– ¡No! — rió Sam —. ¡Usted me cae bien, chavala! Pase, pero no jorobe demasiado por ahí dentro, ¿de acuerdo?

— Le prometo que no voy a ponerle joroba a nadie.

Dejando riendo a Sam, la pelirroja cruzó el umbral de la puerta; recorrió unos metros bajo el escenario, que parecía una caja de resonancia musical, y desembocó en un amplio pasillo. Allí, esperando el final de la actuación del conjunto que berreaba en el local, había media docena de chicas, todas rubias, que por toda indumentaria llevaban algo así como unas braguitas de gasa. Un poco más allá, un hombre estaba clavando algo en la pared, indiferente a la docena de senos femeninos que podía haber estado contemplando a sus anchas. La pelirroja se acercó al hombre.

– ¿Puede indicarme cuál es el camerino del Profesor Tenebro?

– ¿Y usted quién es? ¿Cómo ha entrado?

– Soy la novia de Sam, y por eso él me ha dejado entrar.

– Ah ya, comp... ¿La novia de quién?

– Sam. Está ahí fuera. Y me ha dicho que si usted me molesta, le partirá todos los huesos.

– ¿Se está burlando de mí?

– Vaya a preguntarle a Sam.

– ¡Seguro que voy a hacerlo, encanto!

El hombre, en efecto, recorrió el pasillo, pasó junto a la docena de blancos senos desnudos, y desapareció. Cuando reapareció, unos quince segundos más tarde, se estaba rascando la cabeza con un gesto en verdad perplejo. Llegó ante la pelirroja, soltó un bufido, y masculló:

– Dígame una cosa: ¿qué ha visto usted en Sam?

– ¿Qué se puede ver de un hombre?

– ¡Caray...! ¿Quiere decir que él se la ha...? Bueno, ya me entiende.

– Le entiendo. Sí, él ya se me ha... ¿Comprende?

– ¡¡Caray con Sam!! ¡Es increíble!

– Cosas de la vida: lo que a uno le disgusta, a otro le encanta. Y a mí me encanta Sam. ¿Dónde puedo ver al Profesor Tenebro?

Rascándose de nuevo la cabeza, el hombre condujo a la pelirroja hasta una puerta de las que daban al pasillo. Señaló la puerta, se rascó la cabeza con más furia que antes, soltó un bufido, y se alejó, dispuesto a reanudar su trabajo.

La pelirroja llamó a la puerta, y a los pocos segundos ésta se abrió. La pelirroja, que tenía la mirada a la altura de los ojos de una persona normal, casi lanzó un respingo, alzó más la mirada, y, estupefacta, se

quedó contemplando al gigante que había abierto la puerta. Era algo nunca visto. Debía medir alrededor de dos metros y diez centímetros, tenía la cabeza rapada completamente, redonda como una sandía, y dos ojos diminutos y negrísimos, que la estaban valorando con una expresión que sólo podía definirse como pura y simplemente pornográfica. Sosteniendo aquella descomunal cabeza, unos hombros que casi llegaban de lado a lado del marco de la puerta.

– ¡Cielos! —exclamó la pelirroja, cómicamente aterrada.

– ¿Qué desea? — gruñó el hombre.

– Pues... Oh, sí. Bueno, quisiera saber si el Profesor me concedería una entrevista. Soy...

– ¿Periodista?

– Sí, sí. Me gustaría...

– Pase usted.

– Gracias... Muchas gracias.

La pelirroja entró en el camerino. Era más bien pequeño, estrecho, sórdido como todo el Night Club Night. Había una bombilla pendiente del techo, un armario, unas cuantas sillas, un perchero de pie, que parecía un extraño esqueleto decapitado, y, frente a la entrada, un tocador. Sentado ante este tocador había un hombre, vuelto de espaldas a la puerta. Vestía de esmoquin. Un esmoquin nuevo y elegante. Sorprendente.

Al dar otro paso más, la pelirroja vio, en el espejo, el rostro del hombre sentado ante el tocador. Oyó cerrarse la puerta tras ella, y el rumor del gigante al desplazarse, pero no hizo caso. Toda su atención estaba concentrada en aquel rostro masculino que veía en el espejo.

Era un ostro alargado, de rasgos finos, aristocráticos, y la palidez de su piel era tal que casi parecía blanco. Todos y cada uno de los rasgos del hombre eran hermosos y correctos, y una abundante cabellera castaña, ondulada, remataba uno de los rostros más notables, en fin, que la pelirroja había visto en su vida.

Sobre todo, por los ojos.

También eran blancos... No completamente blancos, sino de un cierto tono gris, tan desvaído que la primera impresión era de una blancura atenuada. Unos ojos grandes, fijos, inmóviles, escalofriantemente velados por aquel tono blancogrisáceo que casi parecía... humo. Sí, parecían de humo...

– ¿Quién es, Oliver? — preguntó el hombre.

– Es una periodista, profesor. Dice que desearía hacerle una entrevista.

El hombre se puso en pie, se volvió, y tendió su mano derecha, sonriendo. Era una sonrisa... trágicamente hermosa. Sí, no se podía definir mejor: trágicamente hermosa. Como todo él: alto, elegante y atlético, suave..., y trágico.

– Soy el profesor Tenebro — se presentó—. Es usted muy amable al ocuparse de mí, señorita... señorita...

– Lombard —murmuró la pelirroja, acercándose—. Alma Lombard, profesor.

– Encantado —aseguró él, estrechando su mano—. Oliver, por favor, proporciónale asiento a la señorita Lombard. Pero límpialo antes: no podemos permitir que una señorita tan bella se ensucie en este infecto lugar.

Oliver se dedicó a sacar el polvo de una silla con su propio pañuelo, mientras Alma Lombard, sonriente pero un tanto ceñuda, preguntaba:

– ¿Es usted ciego, profesor?

– Así es, señorita Lombard.

– Entonces..., ¿cómo puede saber si soy o no soy bella?

El Profesor Tenebro sonrió levemente.

– Tengo otros... sistemas de percepción, señorita Lombard. Por ejemplo, su modo de caminar, su voz, el contacto de su mano..., y alguna que otra facultad más que no vale la pena mencionar.

– Al contrario — protestó Alma—, puesto que pretendo hacerle una entrevista muy completa, creo que sería muy interesante conocer esas extraordinarias facultades suyas, profesor... Gracias, Oliver.

Se sentó. Tenebro lo hizo acto seguido, colocando la banqueta de modo que él diese frente a su visitante..., la cual parecía fascinada por aquellos ojos casi blancos, hieráticos, como si fuesen de cristal.

– ¿Para qué periódico trabaja usted, señorita Lombard?

– Bueno, en realidad no trabajo para un periódico, sino para una revista. Quizá usted la haya leído alguna... Perdón. Quería decir que quizá la haya oído nombrar: The New Woman.

– La Nueva Mujer... No, lo siento, no la he oído nombrar.

– Es de aparición semanal. Y desde luego, tengo que admitir que no es la más vendida del país. Pero por algún trabajo hay que empezar, ¿no le parece?

– Sí, desde luego — sonrió Tenebro —. Entiendo que usted, al entrevistarme, espera obtener... un pequeño éxito profesional.

– Esa es mi idea, en efecto. He leído esta mañana algo de usted en los periódicos, y me ha parecido que sería interesante un reportaje más complejo, más detallado y documentado sobre su personalidad y facultades.

– Me temo que me está concediendo usted demasiada importancia. Solamente soy... una atracción de club. Una más.

– ¡Desde luego que no! Bueno, a mí no me lo parece, al menos, profesor. ¿Realmente deja usted ciego al público que presencia su espectáculo?

– Sí, realmente.

– Entonces, no es usted una atracción más. ¿Cómo lo hace?

Oliver lanzó una exclamación, y Tenebro rió amablemente.

– Bueno, señorita Lombard, espero que no haya confiado usted en que le revele mi secreto.

– Supongo que era una esperanza desorbitada — rió Alma—. De todos modos, espero que comprenda usted que mi trabajo consiste en hacer preguntas y más preguntas.

– ¡Ah, naturalmente, naturalmente! Y yo espero que usted se haga cargo de que algunas preguntas no puedo contestarlas.

– Para hablar con propiedad, digamos que no quiere contestarlas.

– Sí, supongo que eso es hablar con más propiedad. Pero tendré mucho gusto en contestar las que me sea... conveniente.

– De acuerdo. Empezaremos, entonces, por lo más corriente. Veamos... ¡Oh, perdón, es un modo de hablar...!

– No se preocupe. Estoy acostumbrado a que las personas que hablan conmigo empleen frecuentemente la palabra ver y todos sus derivados. Es lógico, puesto que ellos ven.

– Sí... Es usted muy comprensivo. Bien... Podemos empezar por una especie de... ficha personal: de dónde es usted, en qué fecha nació, cuál es su nombre... Todo eso.

– Sí, entiendo. Bien, digamos que mi nombre es Profesor Tenebro, y que...

– Yo me refería a su nombre auténtico, profesor.

– Mi nombre auténtico es Profesor Tenebro, y nací hace... unos cuantos años, en un lugar lleno de niebla y murciélagos, hijo de una madre ciega y sordomuda que fue devorada por un caimán, mientras ella, al tiempo que era engullida, me ponía a salvo... ignorante de que su hijo era tan ciego como ella, y que no valía la pena el sacrificio que estaba haciendo; habría sido mejor que también a mí me hubiese devorado el caimán.

– Bueno, profesor, yo estoy... hablando en serio.

– Yo también — aseguró Tenebro.

Alma Lombard parpadeó, ocultando por un instante sus bellísimos y grandes ojos verdes.

– Está bien —suspiró—. Es usted hijo de una ciega sordomuda que fue devorada por un caimán en un lugar lleno de niebla y de murciélagos. ¿Qué más?

– Lo normal en un ciego de nacimiento: muchas dificultades, y, como defensa contra la ceguera, el desarrollo de otras facultades físicas... y mentales. Poseo un sistema de percepción fuera de lo corriente, tanto en lo físico como en lo mental. Y el que más me fascina es el mental, porque me permite... recibir radiaciones de personas extraordinarias..., como usted misma, señorita Lombard.

— ¿Le parezco extraordinaria?

– Mucho. Su zona de influencia magnética es amplísima. Y sin duda tiene usted una inteligencia... superprivilegiada.

- ¡Oh, vamos, profesor...! ¡De verdad, yo he venido aquí a hablar en serio!

– Y yo le he dicho antes que yo también. Estoy... recibiendo sus radiaciones con tal intensidad que casi me asusta usted, señorita Lombard. ¿Me permite usted que vea su rostro?

Al hacer la pregunta, Tenebro extendió las manos, y Alma Lombard comprendió. Acercó su rostro, y permitió que los dedos de Tenebro lo tocaran, muy suavemente, para que lo fuese viendo. Las yemas de los dedos del ciego se fueron deslizando por las bellas facciones de Alma Lombard, recorriéndolas lentamente, sin prisas. Cerca de la puerta, el gigantesco Oliver miraba con una extraña sonrisita a la pelirroja, que permanecía inmóvil, relajada...

– ¡Ah!, lleva usted lentillas de contacto — susurró Tenebro.

– Soy un poco miope.

– Lo siento. No puedo por menos de imaginar que la vista debe ser un don hermosísimo. Cuídesela bien, señorita Lombard. Y cuide también su belleza extraordinaria y exquisita. Pero, sobre todo, cuide bien de su cerebro, no lo estropee... Es excepcional. Diríase que...

– Profesor Tenebro — rió Alma —, yo he venido a hacerle una entrevista a usted, y resulta que es usted quien me está... diseccionando a mí.

– Es cierto. Lo siento de veras; perdóneme, se lo ruego. ¿Por dónde íbamos?

– Creo que será mejor que me concentre en su actuación, ya que comprendo perfectamente que no piensa facilitarme datos personales ni cualquier otro que significase una cierta... intimidad. De modo que vamos a seguir... hablando en serio. Dice usted que provoca una ceguera momentánea en el público, y por lo que he leído en los periódicos, tengo que creerlo. De todos modos, espero experimentar por mí misma esa ceguera en su actuación de esta noche. Pero, dígame: ¿es un experimento peligroso?

– En absoluto. Sólo inquietante. Y si resulta peligroso es por la reacción de algunas personas que acuden aquí dispuestas a reírse, y a la hora de la verdad se asustan muchísimo cuando se encuentran completamente ciegos durante un minuto. Es una experiencia que no les resulta fácil de olvidar.

– Me hago cargo de eso. Bien, no es peligroso. Pero, claro está, hay un truco. ¿Cierto?

– ¿Truco? Bueno, digamos que... es una facultad mía.

– ¿Una facultad que le permite cegar a voluntad a las personas que están cerca de usted?

– Cerca y lejos. Mi alcance es muy considerable; si bien, en mis

actuaciones aquí, reduzco mucho ese límite de alcance. Comprenderá usted que sería peligrosísimo que hiciera eso con las personas que van por la calle a pie, y todavía más, con los conductores de automóviles, autobuses, etcétera. Así que voy con mucho cuidado.

– Es de agradecer — sonrió Alma—. ¿Dónde y cuándo comenzó usted a... trabajar en esto? Porque, según parece, nadie recuerda haber oído hablar antes del Profesor Tenebro.

– Es la primera vez que actúo en público.

— ¡Ah! Bien, ¿dónde vive, cuál es su residencia fija?

— En las más insondables tinieblas del mundo.

La pelirroja volvió a fruncir el ceño. Desvió la mirada hacia Oliver, captó la extraña sonrisita de éste, y volvió a mirar a Tenebro, al parecer un tanto mosqueada.

– ¿Y dónde está ese lugar, profesor? — preguntó, reticente.

– En todas partes. En realidad, todo el mundo es un pozo insondable de tinieblas.

– Quizá para usted pueda definirse así, pero no para mí. Yo veo perfectamente... con mis lentillas, desde luego. Y no puedo imaginarme cómo puede ser un mundo convertido en un pozo de tinieblas insondables.

– Pronto se lo imaginará, cuando yo la deje ciega, como a los demás asistentes al... espectáculo.

– ¿Cuál es el truco? Por favor, conteste con seriedad.

– Ya le he dicho que es una facultad, no un truco.

– Bueno, pero, ¿qué clase de facultad, cómo actúa, cómo la... pone usted en marcha, qué hace?

– Me propongo arrastrar conmigo a las tinieblas a todas las personas que estén a determinada distancia de mí, y lo hago, simplemente.

– Pero eso..., ¿podría convertirse en estado permanente para alguien, quizá debido a algún... accidente, un fallo de usted, o alguna peculiaridad ocular de alguna persona...?

La puerta del camerino se abrió en aquel momento, y entró un hombre alto, atractivo, de unos treinta años, pecoso, y casi tan pelirrojo como Alma Lombard.

– Profesor, su turno va a... Perdón. Lo siento, no sabia...

– Estoy preparado. Saldré en seguida — dijo Tenebro.

– De acuerdo. Hasta luego.

El hombre salió, cerrando la puerta. Tenebro se puso en pie.

– Quizá podamos continuar la entrevista en otro momento, señorita Lombard, ahora tengo que trabajar. Naturalmente, si después de la... función, quiere usted hacerme más preguntas, estaré encantado de ponerme a su disposición. ¿La espero aquí?

– Me parece que no debe molestarse — dijo Alma, poniéndose en

pie a su vez—. Teniendo en cuenta la clase de respuesta que está dando a mis preguntas, no tiene objeto proseguir la entrevista. Otra cosa sería si se mostrase más sincero, más veraz conmigo.

— Temo que la he molestado — sonrió Tenebro —. Es pero conseguir su perdón más tarde. Y de todos modos, gracias por su interés por mí, señorita Lombard.

— Gracias a usted por recibirme — murmuró Alma.

Se dirigió hacia la puerta, pasando junto al gigante de la cabeza rapada. Un minuto más tarde, aparecía en la sala donde iba a tener lugar el espectáculo.

CAPITULO II

– Hola, amor mío — le sonrió Sam al verla aparecer.

– Hola, cariño — rió Alma —. Ya nos veremos, voy a tomar algo.

– ¿No me das un besito, mi vida?

– Más tarde. Además, antes de seguir adelante con nuestras relaciones, me gustaría que fijases la fecha de la boda.

El feísimo Sam rompió a reír, mientras Alma, sonriendo, se acercaba al mostrador. Una vez allí, se acomodó en un taburete, y pidió un vodka con hielo. Se volvió a mirar al escenario, donde las seis chicas rubias estaban terminando su actuación, entre el alborozo del público, que reía viendo los brincos de la docena de pechos. Bailaban fatal, pero contemplar doce senos en plena evolución resultaba divertido.

Alma sacó un cigarrillo de su bolso, lo encendió, y sonrió cuando al terminar su actuación la docena de pechos el público comenzó a silbar y aplaudir. Le sirvieron el vodka, bebió un sorbito, y frunció el ceño. ¡Cielos, aquello era poco menos que alcohol de quemar!

– ¿Está preparada? — le preguntó el camarero, que se había quedado mirándola embobado.

– ¿Para qué?

– Para quedarse ciega. No crea que es una broma... Se lo digo por experiencia. Yo llevo dos días aguantando eso, y le aseguro que no me hace ninguna gracia.

– Supongo que lo dice porque algunos clientes deben aprovechar la ocasión para escapar sin pagar.

– Ya veo que se lo toma a broma — frunció el ceño el camarero—. Bueno, espere unos minutos y verá..., mejor dicho, no verá nada.

Alma Lombard no contestó. Estaba mirando hacia donde había aparecido el sujeto pelirrojo, el que había ido a avisar a Tenebro de que se acercaba la hora de su actuación. El hombre había aparecido en la sala mirando a todos lados; la vio, sonrió, y se acercó directo a ella.

– ¿Qué tal? — saludó—. ¿Dispuesta a pasar un rato de angustia y de pánico estimulante?

– Todas las experiencias son buenas — asintió Alma—. ¿Es usted el dueño de este lugar, o algo así?

– No, no. Sólo soy amigo del profesor... Me llamo Derek..., y me gustaría invitarla.

Señaló el vaso de Alma. Esta miró el vaso, miró de nuevo al llamado Derek, y sonrió de un modo que al pelirrojo le pareció simpáticamente maquiavélico.

— De acuerdo, acepto su invitación; pero con la condición de que

beba usted lo mismo que yo.

Derek pareció sorprenderse, hizo una seña al camarero, y poco después tenía ante él un vaso de vodka con hielo. Bebió un sorbo, desorbitó los ojos, y comenzó a toser.

– ¡Demonios! —jadeó—. ¿Esto qué es?

– Se supone que vodka — rió Alma.

– ¡Pero qué vodka ni qué...! ¡Esto es matarratas!

– Lo que demuestra que ni usted ni yo somos ratas, puesto que todavía seguimos con vida.

Derek la miraba como estupefacto. Sonrió de nuevo, asintió, y se sentó a su lado en otro taburete.

– Usted es simpática —dijo—. Tiene chispa, tiene gracia.

– En ese caso, quizá consiga un empleo para salir a ese escenario: podría contar chistes.

Derek se echó a reír.

– ¡Apuesto a que tendría un gran éxito! Entiendo que, ahora hablando ya en serio, es usted periodista.

– Más o menos. ¿De verdad es usted amigo del profesor?

– Por supuesto.

– ¿Contestaría algunas preguntas sobre él?

– ¿Qué preguntas?

– Por ejemplo, cuál es su verdadero nombre, de dónde procede, cuándo nació, dónde vive actualmente, cuál es su historia... Cosas así, ya me comprende.

– Sí, sí. Pero estaba usted antes con el profesor, en su camerino. ¿Por qué no le preguntó todo eso a él?

– Lo hice.

– ¿Y él no quiso contestar?

– Me dijo que luego me daría usted las respuestas, cuando nos encontrásemos en la sala.

Derek volvió a reír, tras un instante de pasmo.

– ¡De veras!—exclamó—. ¡Es usted simpática! Y muy... ¿cómo se lo diría para no molestarla?... muy...

– ¿Embustera?

– ¡Caramba, yo no quería decirlo así, señorita...!

– Lombard. Alma Lombard... ¿No le parece que el profesor se está retrasando, señor...? ¿Cuál es su apellido?

– Newton. Derek Newton. Y tiene usted razón, se está retrasando un poco.

– Nos lo tomaremos con calma. ¿Tampoco puede usted hablar de Oliver?

– ¿Oliver? ¿Qué pasa con él?

– Es enorme. No parece humano. ¿De dónde ha salido semejante mastodonte?

– Sí —reflexionó cómicamente Derek Newton—. Se hace un poco difícil de admitir que Oliver haya podido nacer como todos, ¿no es cierto? Me imagino que su pobre madre debió pasarlo muy mal en el parto.

– Quizá no nació así, sino que fue encontrado en las nieves eternas de algún glaciar de la era prehistórica. Luego, el fabuloso Profesor Tenebro le hizo unos pases mágicos sobre la cabezota, y lo volvió a la vida..., pero dejándolo calvo. No todo sale siempre bien. En serio, ¿quién es y de dónde ha salido Oliver?

Newton, que reía a mandíbula batiente dándose palmadas en las rodillas, consiguió recuperarse.

— ¿Para qué complicarse más la vida? — exclamó —. ¡Su teoría sobre Oliver puede ser cierta, de modo que vamos a dejarlo así! Aunque no sé si le gustará que le llame a partir de ahora monstruo prehistórico... ¿Cómo dijo usted...?

– Mastodonte. Y si no fuese porque Oliver es calvo, podríamos llamarlo el Abominable Hombre de las Nieves..., sólo que éste creo que es muy peludo. Pero, seriamente, señor Newton, sea amable conmigo: ¿quiénes son ellos realmente y de dónde han salido?

– Tendrá que disculparme, señorita Lombard, pero comprenda usted que si el profesor no ha considerado conveniente decírselo, yo no puedo hacerlo.

– Me lo temía — suspiró Alma —. Está bien, hablemos de usted. Se llama Derek, es americano..., ¿y qué más?

– Bueno... Tengo treinta y dos años, soy pelirrojo, ojos más bien verdes, mido metro ochenta, y creo que soy bastante atractivo.

– De acuerdo en todo. ¿A qué se dedica?

– Mmm... A negocios diversos.

– Negocios diversos — pareció paladear Alma las palabras—. Eso es un tanto ambiguo, ¿no le parece? Lo mismo podría tener usted un puesto de cacahuetes que dedicarse a la trata de blancas. Vaya, me parece que lo está usted pasando muy bien conmigo, señor Newton.

– ¿Bien? — consiguió exclamar Newton entre risas—. ¡Me lo estoy pasando maravillosamente!

– Me alegro muchísimo. Pero sigamos con sus negocios: tengo una sección en la revista The New Woman, y si me dice a qué se dedica usted, prometo dedicarle unas cuantas líneas publicitarias..., siempre y cuando no vaya a resultar cierto que se dedica a la trata de blancas.

– ¡Señorita Lombard! —volvió a reír Newton—. ¡Si yo fuese el profesor, la contrataría para que me acompañase! ¡Daría usted un gran realce al espectáculo, de veras!

– Sí — admitió gravemente Alma —, podría contar chistes cuando el público se quedase ciego. Les haría mucha gracia, y seguramente no se pondrían nerviosos.

Derek Newton no podía dejar de reír, hasta el punto de que brotaban lágrimas de sus ojos. El camarero, que se había acercado al verlo reír tanto, sonreía mirando de uno a otra, más a otra que a uno, pues la contemplación de Alma Lombard era un regalo para los ojos y el espíritu...

Pero, el regalo para los ojos iba a terminar pronto, porque, por fin, apareció el Profesor Tenebro en el escenario. Alma se dio cuenta por el súbito silencio que se hizo en la sala. Miró hacia el escenario, y vio a Tenebro caminando hacia el centro, apoyado en un brazo del colosal Oliver, que lo dejó sólo cuando hubieron llegado al centro de la pequeña tarima.

Alma Lombard entornó los párpados, contemplando con suma atención al Profesor Tenebro; con suma atención especulativa... Alto, elegante, hermosamente pálido, atractivo..., y con aquellos sorprendentes, escalofriantes ojos blanquecinos, que parecían... Cielos, sí, eso era: parecían los ojos cocidos de un pescado. Un rápido vistazo a los presentes hizo comprender a Alma que, ciertamente, todos estaban ya impresionados tan sólo al ver a Tenebro...

— Damas y caballeros — brotó la voz de éste—, muy buenas noches a todos, y gracias por acudir a mi inquietante... actuación. Dentro de unos momentos, todos ustedes van a quedar tan ciegos como yo, pero, por favor, no se asusten. Cada día insisto en lo mismo: es un estado transitorio, es sólo una angustiosa experiencia, un minuto de pánico..., y todo ello espero que les sirva de... estímulo vital, y que revierta, en definitiva, en proporcionarles una gran alegría cuando, al recuperar la visión, valoren debidamente el gran don que tienen ustedes..., y que a mí me fue negado.

Cuando Tenebro calló, el silencio fue casi tangible. Tras unos segundos de inmovilidad, dio un par de pasos hacia delante, extendiendo ante él sus blancas y aristocráticas manos.

— Voy a rogar silencio y quietud total en todos los presentes. Y me permito insistir: no se asusten... más de lo necesario.

Sonrió, y entre el público hubo alguna sonrisita inquieta. Y también, cómo no, más de una expresión escéptica. Newton miró de reojo a Alma Lombard, y la vio simplemente interesada, curiosa, muy, muy atenta.

— ¿No tiene miedo? — susurró, inclinándose hacia ella.

Alma se limitó a sonreír levemente, sin apartar la mi rada del Profesor Tenebro. Parecía que los ojos de éste se hubiesen hecho aún más grandes, más blancos, más pavorosos... La pelirroja tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse. Aquello no podía ser mentira, tenía que ser cierto. Cuando un hombre sale en público, y dice que va a hacer una cosa, tiene que hacerla.

Tenebro continuaba en la misma postura, con las manos

extendidas ante él. De pronto, cerró los ojos.

Y en el acto, Alma Lombard tuvo la sensación de que todas las luces de la sala, que estaban encendidas en su totalidad, comenzaban a apagarse... Hubo algunas exclamaciones, grititos de mujeres, remover de sillas... Tenebro hizo un brusco gesto con las manos..., y las luces parecieron apagarse más y más, y más, y más... En alguna parte de la sala, se oyó el gemido de una mujer. Las luces fueron disminuyendo en intensidad cada vez más rápidamente...

Alma desvió la mirada hacia Derek Newton, pensando que estaba siendo víctima de una sesión de hipnosis colectiva, y que dejando de mirar a Tenebro se libraría de ella. Pero no fue así. Vio a Newton junto a ella, inmóvil..., y como sumergiéndose rápidamente en un pozo de sombras cada vez más densas. Notó que él le tomaba una mano, y oyó su susurro:

—No tema, no es nada...

La pelirroja se pasó la lengua por los labios, y volvió a mirar a Tenebro. Pero ya casi no lo vio. Su negro esmoquin se había diluido en las sombras que parecían ir espesándose en el local; sólo su rostro blanco, como radiante, flotaba en el escenario. Y el rostro se fue tornando oscuro, oscuro, oscuro...

— ¡No! —se oyó un grito en la sala—. ¡No lo aguanto, no, no, por favor, no...!

Se oyó una voz de hombre, el ruido de una silla al caer. Alma miró hacia donde había sonado el ruido, pero ya no vio nada. Miró de nuevo hacia Tenebro, pero ya, ni siquiera vio la última blancura grisácea de su rostro que parecía flotar.

Ya no vio nada.

Nada.

Absolutamente nada.

Permaneció inmóvil, mientras, frente a ella, en el centro de la sala, oía gritos y voces histéricas, pese a las advertencias del Profesor Tenebro. Cayeron más sillas, y hasta sonó el ruido más fuerte de una mesa, crujieron vasos y botellas en el suelo...

¿Era un truco de la iluminación de la sala? Sí, podía ser uno de esos sistemas de iluminación que pueden ir graduando la intensidad de la luz eléctrica, hasta apagarse... Pero no. No, porque si fuese así, llegaría algo de luz desde la calle. Por cualquier ventana, por la puerta de entrada, en alguna parte debía haber luz que llegase hasta allí dentro... Sí, lo recordaba ahora: las dos ventanas. Había dos ventanas junto a la entrada que daban a la fachada...

«Estoy ciega —se dijo Alma Lombard—. Estoy realmente ciega...»

Notaba la presión de la mano de Derek Newton. De pronto, notó el contacto de algo en la cabeza. Parecía una mano que intentase acariciar sus cabellos. ¿Qué...?

Su cabeza retumbó fuertemente, como si dentro de ella hubiese estallado un barreno, y se llenó de luces de todos los colores. Su último pensamiento fue que acababa de recibir un terrible golpe. Luego, perdido el conocimiento, continuó hundiéndose en aquella oscuridad total.

CAPITULO III

La primera sensación consciente fue de dolor; un dolor terrible, que pareció atravesarle la cabeza, como si le estuviesen hundiendo un clavo en el cráneo. A continuación le dolieron los ojos..., que tenía abiertos. Sí, tenía abiertos los ojos, pero no veía nada.

No veía nada.

Los cerró, suavemente, y se relajó. Los recuerdos acudieron a su mente, todo se concretó, se centró. Había quedado ciega en el *Night Club Night*, y, a los pocos segundos, mientras oía a su alrededor el rebullir de gente asustada, había recibido un golpe formidable en la cabeza. Había perdido el conocimiento.

Bien. Pero, ya lo había recuperado. Y había abierto los ojos, estaba segura... ¿O no? Los volvió a abrir. Sí, tenía los ojos abiertos..., pero seguía sin ver nada. Y otra cosa: ¿dónde estaba? La pregunta tenía base, porque no oía nada. Si estuviese en el Night Club Night oiría algo, oiría alguna voz...

No oía nada.

Absolutamente nada. El silencio era tal que... ¡Oh, sí! Algo oía: el latir de su propio corazón. Esto era todo.

Comprendió de pronto que estaba en posición horizontal, de espaldas en el suelo. Movió las manos, tocó el suelo y, poco a poco, se puso en pie, tanteando a su alrededor. No tocaba nada. Quedó de pie, notando aquellos lanzazos en la cabeza. No, no eran lanzazos... Eran como pequeñas cargas de dinamita que fuesen estallando en su cráneo, eso era. El golpe recibido había sido espantoso, sin duda. Se tocó la cabeza, y notó el tremendo chichón, pero no sangre. Menos mal, no tenía corte alguno en el cuero cabelludo debido al golpe. Recordó sus lentillas de contacto, y parpadeó. Sí, las tenía puestas...

Pero..., ¿dónde estaba?

Vino de pronto a su memoria la persona que más cerca había estado de ella en el momento de recibir el golpe.

— ¿Señor Newman? — brotó su voz, ronca, destemplada—. ¿Está usted ahí, señor Newman?

Silencio.

Silencio total.

¡Qué dolor de cabeza más espantoso!

Volvió a tenderse en el suelo, puso los brazos paralelos al cuerpo, y se relajó, aflojó todos los músculos. En menos de dos minutos alcanzó la relajación total, y permaneció así, procurando mantener la mente en blanco. Fue como si las agitadas aguas de un estanque se fuesen aquietando, calmando. El dolor se fue desvaneciendo, lenta, muy lentamente. Como si fuese... un terrón de azúcar en agua

caliente.

Diez minutos más tarde, suspiró, y abrió los ojos. Ya no le dolía la cabeza.

Pero seguía sin ver nada, y sin oír nada.

— ¿No hay nadie aquí? — preguntó.

Silencio.

Se puso en pie, extendió los brazos, y sus dedos se prepararon para percibir el contacto de algo, comenzando a caminar. Llegó a una pared. Muy bien, si había una pared debía haber una puerta, o una ventana...

Una puerta. Encontró pronto una puerta tras ir desplazándose cuidadosamente hacia su derecha. ¿Cerrada? Buscó el pomo, lo movió. No, no estaba cerrada. Tiró de la puerta, la abrió, salió de aquel lugar. Sus pasos resonaron.

— ¿Hay alguien aquí? — preguntó de nuevo, tensa la voz.

Silencio.

Dio unos cuantos pasos, y tocó otra pared. Seguramente, se encontraba en un pasillo. Con una mano apoyada en aquella pared, continuó caminando, siempre despacio, siempre cautelosamente en las tinieblas totales.

Comenzó pronto a oír algunos ruidos, que no pudo identificar. Se detuvo, para escuchar mejor. A los pocos segundos, le pareció oír otro ruido. Muy ligero. Luego, una puerta... Sí, una puerta se había abierto. Y seguidamente, se cerró.

— ¿Quién es? — preguntó con voz aguda Alma— ¿Quién hay allí?

Silencio.

Continuó caminando. Y apenas había dado siete u ocho pasos cuando tropezó con algo. Sus manos fueron inmediatamente hacia lo que la había detenido. Tocó un brazo. Luego, un hombro. Se desplazó un poco, y con ambas manos tocó el pecho de un hombre. Luego, alzó las manos, y tocó el rostro. Un rostro alargado, fino, frío..., helado.

– ¿Es... es usted, Profesor Tenebro? — preguntó, siempre con voz tensa, aguda.

– En efecto, señorita Lombard. ¿Cómo se siente?

– ¡No veo nada! Las luces...

– Las luces están encendidas, supongo, ya que mis colaboradores las necesitan.

– No... No, no, no... ¡Están apagadas, porque yo no veo nada!

— Es lógico, señorita Lombard, puesto que está usted ciega.

– ¿Qué?

– Digo que está usted ciega.

– No... No, no... ¡Qué tontería! ¡Yo no estoy ciega!

– Lamentablemente, no tardará en convencerse de lo contrario. Por suerte para usted, me tendrá a su lado, para aconsejarla y

consolarla. Después de todo, no es tan malo como la gente cree, esto de vivir entre tinieblas eternas.

– Está loco... ¡Está loco! ¡Deje de hacer estupideces, profesor! ¡Quiero que enciendan las luces!

– Le aseguro que deben estar encendidas. Tómeselo con calma, tenga serenidad, amiga mía.

– ¡Yo no soy amiga de usted! ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado, cómo he llegado aquí...? ¡¿Quién me golpeó?!

– Derek lo hizo, a petición mía. Luego, la sacamos del club nocturno, la metimos en una camioneta que yo había pedido a mis colaboradores mientras el público esperaba más de la cuenta mi actuación, y la trajimos aquí.

– Pero..., ¿adónde? ¿Dónde estamos?

– En el Palacio de las Tinieblas.

– Pero... pe-pero... ¡Usted me está tomando el pelo!

– Le aseguro que no.

– ¡Dios mío...! ¡Estoy en poder de un loco, de un chiflado total...! ¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué han hecho esto conmigo?

– Porque me asustó su inteligencia, señorita Lombard. Sí, me alarmó usted. No le mentí cuando le dije que tengo determinadas facultades de percepción, y su inteligencia me alarmó. Su inteligencia... y su falsedad.

– ¿Mi falsedad...? ¿De qué está hablando?

– Derek llamó a la revista The New Woman, que, en efecto, existe. Es una revista muy modesta..., en cuya nómina no hay ninguna señorita Lombard. Derek insistió en hablar con la señorita Alma Lombard, y nadie conocía a tal señorita Lombard en la revista The New Woman. Esta circunstancia, y la inteligencia excepcional que yo había percibido en usted, me alarmaron. ¿Quién es usted?

– Profesor Tenebro..., no... no sé de qué está hablando... Me llamo Alma Lombard, y es evidente que existo... ¡Está usted en un error, o... o me está gastando una broma estúpida y... y siniestra...! ¡Por favor, termine con esto!

– Terminar..., ¿con qué?

– ¡Con toda esta pantomima!

– Lamento que se lo tome así. No hay pantomima alguna, ni broma, ni nada parecido. Lo que sí hay, es una cierta preocupación por mi parte, debido a su intervención. Mis planes eran continuar unos días más en el Night Club Night, pero su intervención me asustó, y decidí abandonar ya ese... empleo. Con tres días, de todos modos, espero que hayan tenido suficiente para convencerse de que no soy un... bromista, como usted parece creer.

– ¿A quién quiere usted convencer?

– A todos. Tengo mis planes, señorita... ¿Lombard? Muy bien; por

el momento la seguiré llamando así, ya que en este lugar no temo nada de nadie, y no tengo demasiada prisa por saber su nombre. Aunque quizá Oliver sí decida tener prisa... Tenga cuidado con Oliver: es muy fiel para mí, pero un tanto... desagradable con otras personas. Especialmente, con aquellas de las que cree puede llegarme algún mal... Como le decía, tengo mis planes, y la intervención de usted, simplemente, los ha acelerado. De todos modos tenía pensado desaparecer después de unas cuantas actuaciones.

– Pero..., ¿de qué quiere convencer a quiénes... y para qué?

– ¿Cree usted que a la docena de millones de habitantes de Nueva York les gustaría ser ciegos?

– ¿Qué? — jadeó Alma, palideciendo.

– Estoy seguro de que me ha entendido perfectamente.

– Pe-pero... pero... ¡usted no está hablando en serio!

– Ya me dijo Derek que es usted simpática y bromista, señorita Lombard. Pero yo no. Por favor, no insista en considerar todo esto como una broma.

– Pero..., ¿qué es todo esto?

– Cosas mías. Estoy muy ocupado preparándolo todo, pero no tanto que deje de interesarme por usted... Me interesa muchísimo; pero, considerando que, siendo yo ciego, habría estado en desventaja con usted si le hubiese permitido conservar la visión, la he dejado ciega... para siempre.

– ¡No!

– Vamos, vamos, compórtese como corresponde a la gran inteligencia que he percibido en usted. Una inteligencia... asombrosa, de veras. ¿Realmente es una periodista?

– ¡No sé qué pretende usted...! ¡No sé qué pretende, pero sé que tiene que estar completamente loco! Y no sólo por lo que está diciendo sobre mí, todas esas tonterías de que no soy periodista... ¿Qué ha querido decir con eso de los doce millones de habitantes de Nueva York?

— ¿Se imagina usted doce millones de ciegos en una ciudad como Nueva York? ¿Se lo imagina? Posiblemente sí se lo imagina, porque es inteligente, y hasta quizá tenga una gran imaginación. Doce millones de ciegos... Pero no una ceguera que va llegando lentamente, progresiva mente, y para la cual uno se va preparando... No, no, no, no sería eso, señorita Lombard. Sería algo... súbito. Imagínese la ciudad de Nueva York a las once de la mañana; el gran monstruo está en plena actividad: peatones, coches, camiones, motocicletas, el metro, trenes, autobuses urbanos e interurbanos, helicópteros, incluso quizá algún avión que pase suficientemente cerca del techo de la ciudad... Y de pronto, en cuestión de tres a cinco segundos... ¡todos los seres humanos quedan ciegos! ¿Se lo imagina?

Alma Lombard permanecía inmóvil, como petrificada. ¿Imaginárselo? Quizá unas horas antes no habría podido. Pero en aquellos momentos, sumida en la más impenetrable oscuridad, pudo hacerse una idea más o menos aproximada de lo que eso significaría. Se imaginó a sí misma conduciendo su coche por Nueva York y quedando ciega de pronto. ¿Qué haría? ¿Frenaría el coche? Muy bien, eso es posiblemente lo que haría ella, y cualquiera. Es decir, todos. ¿Cuántos coches había en Nueva York? ¿Un millón? ¿Y metros? ¿Y trenes, y autobuses, y motocicletas, y ascensores, y máquinas de todas clases, y helicópteros despegando o aterrizando en cualquiera de las terrazas helipuertos o volando de un lado a otro de la ciudad en su servicio de heli-taxi...?

¿Frenarían todos? Muy bien, frenaban todos..., y entonces, la gran hecatombe, la espantosa masacre. Habría de todo: desde atropellos de peatones, a colisiones de vehículos, incendios por cortocircuitos o caídas de helicópteros...

— ¿Se lo imagina? —insinuó Tenebro.

Alma Lombard aspiró aire con fuerza, y, de pronto, cargó contra el lugar de donde provenía la voz del tenebroso personaje. Su mano derecha se alzó, y cayó, silbando, hacia dónde debía estar la cabeza del Profesor Tenebro..., pero sólo encontró el vacío.

El golpe, propinado con el canto de la mano, habría partido el cráneo de Tenebro, pero no lo encontró. El impulso tomado por Alma fue tal que se venció hacia delante, perdió el equilibrio, y cayó de rodillas. Al extender las manos para parar el golpe, la izquierda rozó algo ante ella, y, apenas hubo tocado el suelo, extendió esa mano, y sus dedos se crisparon en ropa. ¡Él pantalón de Tenebro! Cerró la mano con fuerza, y dio un tirón. Por encima de ella oyó una exclamación de sobresalto, y acto continuo oyó la caída del ciego. Sin soltar su presa, se desplazó en busca de la parte alta de aquel cuerpo, y su mano derecha volvió a alzarse, como un hacha. De nuevo silbó en el aire, en la ejecución de un golpe de karate capaz de partir un ladrillo..., al mismo tiempo que recibía un tremendo golpe en el seno derecho.

El dolor en el pecho fue tal que su golpe pareció desvanecerse en el aire, y llegó blandamente, tremolante, no ya al cuerpo de Tenebro, sino al suelo. El nuevo dolor fue como la descarga de un rayo que partiendo de la mano se extendiese por todo el cuerpo, llegando de modo especial, como un atroz pellizco, a la zona sensibilizada por el dolor anterior, al pecho.

Y mientras tanto, se dio cuenta de que había soltado su presa, de que ya no sujetaba nada con los dedos de su otra mano.

Arrodillada, transida de dolor, con la mano derecha colgando ante su dolorido pecho, Alma Lombard volvió a oír la voz del Profesor

Tenebro, ahora más lejos y a una altura por encima de ella.

– No me ha gustado lo que ha hecho... ¡No me ha gustado, señorita Lombard!

– Venga aquí —jadeó Alma—. ¡Venga aquí, que todavía puedo hacer más cosas que le disgusten! ¡Venga aquí, criminal!

El suelo comenzó a temblar. Por un momento, la impresión de Alma Lombard fue que se acercaba un carro de combate, o poco menos. Pero, enseguida, comprendió: ¡Oliver! ¡Quien se acercaba era Oliver, el gigante de los ojos diminutos...!

Todavía estaba el suelo retemblando cuando, en efecto, oyó la voz del gigante.

— ¡Profesor! ¿Qué ha pasado?

La voz de Tenebro sonó pausada, serena.

– Llévala a mi dormitorio, Oliver. Y átala bien a la cama.

– Enseguida... ¿Está usted bien?

– Sí. Pero ella ha pretendido matarme... ¡Ten cuidado! Sus golpes son de verdad peligrosos, Oliver.

– Sí, ¿eh?— gruñó el gigante.

Alma Lombard lo oyó acercarse. Permaneció de rodillas, muy atento el oído. Era imposible dejar de localizar a Oliver por sus pisadas, del mismo modo que habría sido imposible dejar de oír un tren acercándose.

«Lo voy a matar —pensó Alma—. ¡Voy a matar a esta bestia, a este mastodonte!»

Podía hacerlo. Sólo tenía que esperar a que él estuviese ante ella y la sujetase para ponerla en pie y llevársela de allí. En ese momento, cuando Oliver la tomase de un brazo, sólo tenía que disparar su puño en *ura tsuki* contra su zona genital. Podía calcular la altura de los genitales de Oliver perfectamente, estaba segura...

Oliver se había detenido delante de ella, a cosa de un metro. Sólo tenía que esperar a que él la agarrase por un brazo, y entonces...

Entonces, Alma Lombard recibió el puntapié en el estómago. Hubo en su cuerpo como una explosión de náuseas, su cabeza giró, un denso frío la paralizó..., y ya no supo nada más, hasta... ¿hasta cuándo? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Oliver la había golpeado con un pie en el estómago? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Derek Newton la había golpeado en la cabeza en el Night Club Night?

Intentó moverse, y consiguió dos cosas. Una, darse cuenta de que estaba boca arriba y amarrada de pies y manos, con el cuerpo extendido, formando una X. Dos, que le dolía terriblemente la pared abdominal; fue como si mil dedos retorciesen toda su carne en aquella zona, de modo que no pudo reprimir un gemido.

– ¡Ah! —oyó de nuevo la voz de Tenebro—, ¿ya ha despertado?

Alma Lombard tenía abiertos los ojos, pero seguía sin ver nada. Movió la cabeza hacia donde había sonado la voz de Tenebro, y, en ese mismo momento, notó una mano fina y fría sobre su seno izquierdo. En el acto, comprendió que se hallaba completamente desnuda...

—Tanto Oliver como Derek ya me dijeron que es usted muy hermosa, que tiene un cuerpo magnífico — susurró Tenebro—. Y tenían razón. Sus pechos son maravillosos señorita Lombard. Veamos el resto...

Otra mano colaboró con la primera en la exploración del cuerpo de Alma Lombard, que se estremeció. Aquellas manos tan finas, tan frías, eran... como trozos de cristal deslizándose por su piel. Las notó en los pechos, los hombros, la garganta, el vientre, las caderas, los muslos. Despacio, muy despacio, los helados y sensitivos dedos de Tenebro fueron palpando el espléndido cuerpo centímetro a centímetro, incluso las rodillas y los pies...

– Admirable —susurró—. Admirable: ¡una obra de arte, señorita Lombard!

– ¿Qué pretende usted? — susurró también Alma—. ¿Qué es lo qué quiere, qué... qué está buscando...?

– Su belleza. ¡Qué cuerpo tan perfecto y hermoso! Debe ser una delicia sumergirse en él...

– Escuche... Escuche, Tenebro, no lo haga así, no sea brutal...

– Hacer..., ¿qué cosa?

– Sé que va a violarme... ¡Lo sé! Pero no tiene por qué hacerlo así. Si me suelta...

– ¿Violarla? — pareció sorprenderse Tenebro—. ¡Qué tontería! Aunque comprendo sus temores en ese sentido, claro. Son lógicos. Pero no tema, no voy a violarla... tal como usted teme.

– ¿Qué quiere decir?

En la oscuridad, la mano de Tenebro se posó en el centro del cuerpo de Alma, que se tensó un instante. Notó la suave caricia sobre el rizado vello, y oyó apenas la voz susurrante de Tenebro!

— ¡Qué bonito, qué bonito...! ¡Qué tacto más suave! Y qué calor más dulce... ¿Sabe, señorita Lombard?: no es sólo la vista lo que me falta... Me falta, además, algo que los hombres tienen en gran estima. Es decir, no me falta, sino que... no funciona. ¿Me comprende? De modo que, teniendo en cuenta ese detalle, no voy a poder violarla como sería mi deseo. Pero...

Alma Lombard respingó cuando notó más intensamente la mano de Tenebro. Luego, la cama se movió, y notó la presencia en ella del ciego, entre sus rodillas.

— No —jadeó Alma—. No, no, eso no...

Cerró los ojos. Todo continuó igual, todo fueron sombras

impenetrables, pero cerró los ojos, como queriendo huir de aquello que intuía mientras las manos de Tenebro hurgaban afanosamente en ella...

Y no pudo huir de aquel contacto que la estremeció de asco, de horror y de humillación.

CAPITULO IV

Luego, lo oyó moverse, y supo cuándo Tenebro salió del lecho. Oyó, como muy lejanas, sus pisadas acercándose a la cabecera de la cama, y, de pronto, percibió su aliento sobre su rostro.

—Me parece que a ti no te ha gustado — oyó su susurro—, pero a mí, sí. Ha sido delicioso...

Una mano tocó su rostro. Luego, sobre su boca se posó la de Tenebro, en un beso repugnante que hizo estremecerse a Alma Lombard y apartar la cabeza a un lado bruscamente. El repugnante contacto cesó.

—No importa —dijo Tenebro—. Me gustaba más lo otro. Descansa ahora: pronto vendrá Oliver a desatarte.

Oyó durante unos segundos sus pisadas alejándose. Parecieron desvanecerse, y llegó de nuevo aquel silencio tan denso como la oscuridad. Todavía estremecida por el asco, Alma Lombard parpadeó con fuerza, abrió mucho los párpados..., pero era inútil. O estaba realmente ciega, o se hallaba en un lugar donde no había luz alguna. Pero no... Tenía que ser lo primero, que estaba ciega. Tenía que ser esto, porque en el pasillo, Oliver se había movido con toda soltura, y Oliver no era ciego, de modo que necesitaba la luz. Se había dirigido directo a ella, la había golpeado justo donde había querido... Para hacer eso, Oliver necesitaba luz.

«Entonces, realmente, estoy ciega...»

Y también parecía sorda. El silencio era tan terrible como la oscuridad. Jamás había percibido un silencio semejante, tan completo. Un pensamiento pavoroso la asaltó: ¿Y si estaba muerta? Quizá la muerte era así: un gran silencio, una oscuridad total, no sentir ni su propio cuerpo. ¡Oh, pero sí sentía su cuerpo, sí...! Sentía el dolor en el vientre, producido por el puntapié de Oliver. O sea, que estaba viva... por el momento.

Movió la cabeza. Luego, tiró cautelosamente con su mano derecha. Notó en la muñeca el contacto doloroso de la cuerda que la sujetaba. Tiró con más fuerza..., sólo para convencerse de que no sería posible soltarse. Y lo mismo ocurría con sus pies, que estaban muy expertamente amarrados.

Pasó un minuto, dos, tres...

¿Y el *Night Club Night*? ¿Qué había ocurrido allí? Seguramente, nada que lamentar. El camarero se habría sorprendido cuando, al recuperar la visión, no vio frente a él a la bonita y simpática pelirroja que le había pedido vodka, ni a su también pelirrojo acompañante. Pero, sin duda, Derek Newton había dejado dinero sobre el mostrador, había cargado con ella, y la había llevado hacia donde

esperaba la camioneta mencionada por Tenebro. Mas..., ¿cómo había podido desplazarse Derek Newton en la oscuridad, cargado con ella? Debía haberla llevado hacia el interior del club, y de allí, desde aquel pasillo, había ido a la salida de artistas, donde debía estar esperando la camioneta. Puesto que todos estaban ciegos en el club nocturno, nadie podía haberlo visto. Pero..., ¿cómo se las había arreglado él para caminar hacia su objetivo, si estaba ciego, como todos? Recordó el conjunto musical de cuatro componentes que habían precedido en su actuación a la media docena de chicas que enseñaban los pechos; y recordó a éstas, naturalmente. ¿También ellos y ellas habían quedado ciegos?

« ¿Cómo puede hacerlo? — se preguntó Alma Lombard—. Si esta pesadilla es cierta..., ¿cómo lo consigue Tenebro? Seguramente, por medio de hipnosis colectiva... Pero entonces, no habría podido dejar ciegos a los músicos, ni a las alegres chicas rubias de hermosos pechos tan blancos...»

Comenzó a oír el trepidar del piso. Poco después, supo que Oliver estaba junto a ella. Se había quedado quieto... ¿Qué estaba haciendo? ¿La buscaba...? No, no la buscaba, porque se había detenido justo junto a ella. Debía estar contemplando su desnudez. Es decir, que había luz allí.

Lanzó un incontenible grito cuando notó la enorme mano de Oliver sobre sus senos, estrujándolos. Con una sola mano abarcaba los dos senos, que apretó brutalmente.

— Te voy a tener — dijo—. Me gustas.

La cama crujió, y Alma Lombard lanzó un gemido cuando la enorme mole se colocó sobre ella. Oliver no se andaba con refinamientos, precisamente. Enseguida, Alma notó el contacto, la búsqueda de él, y tuvo la súbita sensación del más grande pavor de su vida ante la magnitud de aquella demostración de virilidad. ¡Era algo enorme, algo horrible, algo animal...!

– No — jadeó... ¡No! ¡Me matarás si me...!

– ¡Cállate! Ya verás cómo es posible... Cállate y sé amable con Oliver, o lo vas a pasar muy mal en el Palacio de las Tinieblas.

– ¡No sigas! ¡Me vas a destrozar...!

– ¡Te digo que te calles! ¡Verás cómo sí es posible..., y nada va a ocurrirte! ¡Cállate y hazme gozar!

– ¡No!—gritó Alma—. ¡NO, NOOOO...! ¡QUITA ESO, QUITA ESO EN SEGUIDA DE MI...!

Oliver gruñó algo, y apretó más, de modo brutal, dolorosísimo. Alma Lombard creyó que iba a desvanecerse ante aquella monstruosidad, pero, de pronto, en alguna parte del cuarto sonó la voz de Tenebro, con tonalidades metálicas:

— ¡Oliver! ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué grita ella?

La reacción del gigante fue fulminante. Saltó de la cama, y la aliviadísima Alma oyó su voz de nuevo junto a ella.

— Nada... Nada, profesor...

– ¿Nada? Ten cuidado con lo que haces, Oliver. Te he dicho que no la poseas. Ella es para mí, para mis juegos... Si quieres mujer, ve adonde están las otras: sabes que puedes disponer de cualquiera de ellas... ¡Pero la señorita Lombard es sólo para mí!

– Sí... Sí, profesor... Sí.

– ¿La has desatado ya?

– Lo estoy... haciendo ahora...

– Está bien. Y no me hagas enfadar, Oliver, o te cegaré.

– Sí... Sí, señor...

Alma notó el temblor en la voz de Oliver. Luego, le oyó moverse. Oliver procedió a desatarla, primero los pies, y luego las manos. En un par de minutos, Alma Lombard quedó tendida en la cama, completamente desnuda, ya sin ataduras de ninguna clase.

— Oliver — preguntó sin moverse—: ¿me ves?

— Claro — gruñó el gigante.

Alma tragó saliva.

– ¿Qué va a pasar ahora? — siguió preguntando—. ¿Qué tengo que hacer, qué vais a hacer conmigo ahora...?

– Nada. El profesor ha dicho que la deje libre, para que pueda usted ir adonde guste del Palacio.

– Pero..., ¿adónde puedo ir? ¡No veo!

– Eso es cuenta suya.

Oyó perfectamente a Oliver alejándose. Luego, llegó de nuevo aquel silencio total. Permaneció en la cama durante dos o tres minutos, intentando reflexionar, ordenar sus pensamientos, sus ideas... No se le ocurría nada, ningún plan de acción. ¿Qué podía hacer una ciega?

Se sentó en la cama. Notó el frío del suelo en los descalzos pies. ¿Dónde debían estar sus zapatos, y sus ropas?

Se puso en pie, y fue hacia la cabecera de la cama. Como había supuesto, ésta tenía dosel. Todavía colgaban allí las cuerdas que la habían sujetado..., y que seguramente, Oliver volvería a utilizar cuando Tenebro decidiese volver a utilizarla para satisfacer sus repugnantes deseos sobre ella.

«Esto no puede ser realidad —se dijo Alma—. Tiene que ser una alucinación, una pesadilla, un truco... No creo que haya luz encendida. Quizá Oliver esté bien entrenado para moverse en la oscuridad... Hasta yo misma he podido hacerlo muchas veces. Y él debe conocer bien este lugar:..»

Eso debía ser. ¡Eso debía ser! La esperanza renació en la pelirroja. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tenebro, ciego de nacimiento,

podía moverse con soltura en cualquier lugar, y especialmente en su... Palacio. En cuanto a Oliver, podía estar bien entrenado, y además conocía el lugar. ¡Eso debía ser!

Pero, unos minutos más tarde, cuando tras desistir de encontrar sus zapatos o sus ropas, llegó a la puerta y localizó el interruptor de la luz, las esperanzas de Alma Lombard comenzaron a desvanecerse. Si había interruptor, es que había bombillas..., ¡pero apagadas! Accionó el interruptor exactamente cuatro veces, para asegurarse de que quedaba como lo había encontrado.

No vio luz alguna encendiéndose y apagándose.

¿Y si no había bombillas? ¡Podía ser este truco, podían estar burlándose cruelmente de ella...!

Otro minuto más tarde, siguiendo la pared, había encontrado una lámpara de pie, en un rincón. Tanteó en busca de la bombilla. ¡Seguro que no había allí bombilla alguna!

Un instante más tarde, las yemas de sus dedos experimentaron la súbita quemazón al tocar una bombilla. Retiró vivamente la mano, estuvo unos segundos inmóvil, y luego volvió a moverla en busca de la bombilla. Ya más preparada, dejó los dedos a un centímetro de la bombilla, cuyo calor era por demás revelador. La tocó de nuevo, rápidamente. Sí, era una bombilla, y estaba encendida.

Alma Lombard se apoyó de espaldas en la pared, y se fue deslizando hasta quedar sentada. Sentía ganas de llorar, pero se dijo que ceder a ese impulso era darse por vencida. No, no iba a llorar... Ni se iba a quedar allí sentada, como... como un cadáver o una inválida. No haría tal cosa.

Se incorporó, caminó en busca de la cama, y cuando la encontró, retiró una de las sábanas, que se puso alrededor del cuerpo, como si fuese un sarong polinesio. Luego, buscó de nuevo la puerta de la habitación, y segundos después salía de ésta.

Muy bien.

¿Dónde estaba? ¿Hacia dónde podía ir? Y realmente, ¿qué esperaba encontrar o solucionar?

Extendió las manos y comenzó a caminar. Se detuvo en seco. Tenebro había dicho que ella podía ir adonde gustase del Palacio. ¡Un palacio en Nueva York! Bien, posiblemente no se hallaban en la ciudad, pero sí debían estar cerca. ¿Había algún palacio cerca de Nueva York? La respuesta era no, hablando propiamente de lo que ella entendía por un palacio, claro está. O sea, que Tenebro llamaba así a su guarida, simplemente. ¡Qué imaginación, el Palacio de las Tinieblas...!

Comenzó a oír los mismos ruidos de la vez anterior, aquellos ruidos que no pudo identificar entonces. Ni ahora tampoco, por el momento. Continuó caminando, acercándose a ellos, oyéndolos cada

vez con más claridad, más distintamente. Eran... ruidos de cristal. Sí, seguro, ruidos de cristal. Y le pareció oír una voz...

Siempre tanteando, llegó ante una puerta. Aplicó una oreja a la madera. Sí, los ruidos procedían del otro lado de aquella puerta. Y eran sonidos cristalinos, no cabía duda. Volvió a oír una voz de hombre. Alguien contestó algo. Se oyó el sonido como de... de... de una chapa metálica. No. No, no. Era... era... ¡una compuerta metálica! Volvió a oír la misma voz de hombre, y otra respuesta, pero esta voz, la tercera que oía, era nueva. Tres hombres. Y seguramente había más allí dentro. La pregunta tenía que formularse en la mente de Alma Lombard: ¿qué había allí dentro?

Encontró el pomo de la puerta, lo movió, y empujó. Se quedó en el umbral, inmóvil, esperando la reacción de alguien. Pero no se oía nada ahora. Seguramente, todos habían dejado de hacer lo que fuese, y la miraban, expectantes. ¿Cuántas personas había allí, y a qué se dedicaban?

— Creo que me he perdido — dijo con voz tensa Alma—, ¿Dónde estoy?

Oyó unos pasos acercándose. Se detuvieron frente a ella.

— Está en el laboratorio — dijo una voz amable, suave—. ¿La podemos ayudar en algo?

Alma Lombard pensó rápidamente. ¿Qué podía perder? ¿Qué podía perder haciendo esta petición?

— Ya lo creo que pueden: ¡sáquenme de este lugar!

Hubo un silencio. Luego, sonó de nuevo la voz amable y suave frente a ella:

— No podemos hacer eso, señorita. ¿Desea ir a alguna parte en especial del Palacio? ¿Quiere que la acompañe?

Alma Lombard tragó saliva.

– ¿Hay luz aquí? — preguntó.

– Naturalmente — sonó no poco desconcertada la voz del hombre —. Esto es un laboratorio: no podríamos trabajar sin luz.

– ¿Trabajar? ¿En qué? ¿Qué están haciendo?

– Estamos preparando suficiente cantidad de Blindly para las necesidades del profesor.

– ¿Blindly? ¿Qué es eso?

– Bueno, como su nombre indica... (En inglés, blind significa ciego; blindly, sería, pues, ciegamente)

– Nelson — llegó otra voz de hombre—, creo que no debes dar ninguna explicación a la señorita. Si alguien ha de hacerlo es el profesor.

– Sí, es cierto.

– Será mejor que sigas con lo tuyo — insistió la misma voz—. La señorita no es asunto nuestro.

– Bueno, yo sólo pretendía...

– Olvídala.

– Sí, claro... Bueno, señorita, será mejor que prosiga su paseo por otra parte. Aquí estamos muy ocupados, créame.

– ¿No puedo entrar? — preguntó Alma.

– Desde luego que no — llegó otra voz—. Usted está ciega, y sólo ocasionaría trastornos y averías de toda clase aquí dentro. Será mejor que siga su camino.

– Sí... Está bien. Siento haberles molestado... ¿Pueden decirme, al menos, qué día es hoy, y qué hora?

– Vaya, eso sí es fácil. Hoy es...

– Nelson, ¿quieres despedirla ya? Nosotros no estamos aquí para atender a las ciegas del profesor, sino para trabajar. Que se vaya esa mujer de una vez.

– Sí, está bien, Fielding. Lo siento, señorita, pero...

— No se preocupe... Y gracias de todos modos.

Retrocedió, y se quedó frente a la puerta todavía abierta. La voz del hombre poco amable llegó de nuevo hasta ella.

— ¿Qué esperas para cerrar la puerta, Nelson?

El llamado Nelson no contestó. Simplemente, la puerta fue cerrada. Alma quedó todavía inmóvil un par de minutos allí, oyendo los sonidos de cristal, y una breve conversación dentro del laboratorio. Evidentemente, Nelson era una persona amable, pero no así sus compañeros sus colegas.

¿Blindly? «Suficiente cantidad de Blindly para las necesidades del profesor», había dicho el llamado Nelson... ¿Qué necesidades? ¿Era algún medicamento especial para Tenebro? ¿O se trataba de un producto destinado a algo especial? El nombre era muy concreto, desde luego, pero era difícil asignarle una explicación... concreta. ¿A qué se referían cuando decían «ciegamente»?

Ciegamente... Era muy posible que se hubiesen referido a la facultad de Tenebro de dejar ciega a la gente. Un producto que podía cegar... ¿a doce millones de personas a la vez? ¿Qué clase de producto podía ser el que conseguía eso?

A su derecha, hacia el otro lado del pasillo, oyó algo de pronto, y se volvió vivamente.

— ¿Quién hay ahí? — preguntó, con voz aguda—. ¿Quién es?

Silencio. Se estremeció y comenzó a caminar en aquella dirección, con las manos siempre por delante. Volvió a oír el leve sonido, pero tampoco lo identificó, esta vez. Se detuvo, aguzó su fino oído al máximo. Ahora no se oía nada...

De pronto notó el contacto en una pierna, cerca del tobillo, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo partiendo de allí. Pudo contener el grito, y quedó inmóvil. El contacto volvió a repetirse, ahora en la otra

pierna, a la misma altura. Era un contacto... como de seda, muy fino, delicado..., y electrizante. De nuevo lo notó. Sentía el cabello como de punta, como si estuviese prendido a su cuero cabelludo por medio de alfileres. Dio un paso, y, abajo, junto a sus pies, llegó un claro sonido:

— Miaaaoooo...

Quedó de nuevo inmóvil, sintiendo toda una serie de dispares sensaciones. Un gato de voz dulcísima, eso era lo que tenía junto a sus pies. El animalito seguía frotándose contra sus piernas, en amable caricia. Sí, sólo los gatos amables, cariñosos hacían esto.

Alma se acuclilló, y tanteó hasta encontrar al gato. Sus manos percibieron el suavísimo pelaje, largo.

– Miaaaoooo...

– Hola, gatito... ¿Qué haces tú aquí?

– Miaooo...

– Me parece que no vamos a entendernos — intentó dar un tono festivo a su voz Alma Lombard—, pero es bueno encontrar aquí alguien cariñoso.

Deslizó una mano por el sedoso lomo del animal, y notó cómo se combaba al recibir la caricia, que terminó en el nacimiento de la cola, que estaba alzada. El gato emitió un complacido y tremolante «miaooo» como agradeciendo la caricia, que Alma repitió. El animalito estaba ronroneando. Parecía que tuviese dentro de su cuerpo un diminuto motor que estuviese funcionando: roooo-rooo-ooo-roooo...

Inesperadamente, el gato soltó un escalofriante bufido, se zafó de la caricia, y se alejó, dejando tras él un gruñido entre agresivo y atemorizado. En realidad, era lo mismo: el miedo engendra agresividad. ¿De qué se había asustado el gato?

Alma se incorporó.

— ¿Quién hay aquí? — preguntó una vez más.

La voz le llegó por detrás de ella:

— Soy yo, señorita Lombard: Derek Newton. ¿Necesita ayuda?

CAPITULO V

Alma se volvió vivamente. Luego, quedó quieta, escuchando. Oyó los pasos del pelirrojo acercándose. Se detuvieron ante ella. Una mano golpeó afectuosamente una de sus mejillas.

— Me parece que no lo está pasando bien, ¿verdad, señorita Lombard?

La pelirroja pensó en el chichón que tenía en la cabeza. De buena gana habría golpeado a Newton, habría disparado su puño contra aquel rostro que podía localizar perfectamente por el sonido de la voz. Pero tenía todas las de perder, lo sabía muy bien.

– ¿No dice nada? Vaya, parece que ha perdido su buen humor. ¡Tan simpática que parecía...! Supongo que ocurre que soy yo quien no le resulto simpático ahora. En cambio, parecía que estaba haciendo muy buenas migas con Tenebro.

– Es un gato cariñoso — murmuró Alma.

– ¿Un gato? ¡Pero qué dice...! ¿De verdad no se ha dado usted cuenta de que era el Profesor Tenebro?

– ¿Qué?

– El gato... No era tal gato. Es decir, si era un gato, pero muy especial: era el Profesor Tenebro. Estoy tratando de decirle que ha estado usted acariciando a Tenebro en una de sus... encarnaciones.

– No diga tonterías — exclamó Alma.

– Comprendo que no quiera usted creerlo, pero es la verdad. El Profesor Tenebro puede convertirse en gato... o en otro ser, siempre que lo deseé. Esta vez, se ha convertido en gato.

— Déjeme en paz — refunfuñó Alma —. No estoy de humor para soportar sus estúpidos chistes.

– ¿Cree que es un chiste? Bueno, allá usted... ¿Puedo ayudarla en algo?

– Le agradecería que me indicase dónde está el cuarto de baño.

– La acompañaré allá con mucho gusto. Deme la mano.

Alma tendió la mano derecha. Notó la presión de la de Newton, que la bajó... Enseguida, Alma notó el nuevo contacto en su mano, allá donde Newton la había puesto. Tuvo un segundo de desconcierto tocando aquello, y, de pronto, la retiró vivamente.

– ¡Es usted un cerdo! —exclamó.

– Vamos, no se lo tome así —rió Newton—. Sólo es un órgano masculino. Es usted tan preciosa que no he podido resistir la tentación de sentir la caricia de su mano. Además, usted misma lo ha puesto en ese estado. Está bellísima con esa sábana: parece una hindú... Lástima que tenga el cabello rojo y los ojos verdes. Bueno, ¿quiere que la acompañe al cuarto de baño o no?

– Lo encontraré sola, gracias.

– No diga tonterías. Vaya, deme la mano, y la llevaré allá.

Alma vaciló, pero acabó tendiendo la mano de nuevo. Esta vez no hubo broma sexual. Newton tiró de su mano, y caminaron por el pasillo.

– Estamos interesados en saber quién es realmente usted — se expresó el pelirrojo—, pero no nos gustaría recurrir a la violencia para saberlo. ¿No cree que sería amable de su parte facilitarnos esa información?

– Soy Alma Lombard.

– Bueno, es posible que se llame así, ciertamente, pero mintió cuando dijo que trabajaba para la revista The New Woman. Nadie la conoce allí. ¿Por qué mintió usted, y por qué fue a entrevistar al profesor? ¿Qué estaba usted buscando?

– Bueno... Me pareció infantil decir la verdad...

– ¿Infantil? ¿Qué verdad?

– Mi nombre es Alma Lombard, se lo aseguro. Y es cierto que soy periodista... Lo que ocurre es que no tengo empleo alguno en estos momentos, y me pareció... Bueno, me pareció que sería interesante conseguir un reportaje sobre el Profesor Tenebro y presentarme con él en la redacción de alguna revista en busca de empleo. Esperaba conseguir un buen reportaje, y como consecuencia, un empleo. Me pareció... infantil explicar esto al Profesor Tenebro, y le dije entonces que trabajaba para la revista cuyo nombre se me ocurrió en aquel momento.

– ¡Ah!

– ¿No me cree?

– No soy yo quien debe decidir eso. Ya veremos qué dice el profesor. ¿Dónde vive usted?

– Bueno...

– ¿Qué ocurre ahora?

– Lo cierto es que... no tengo domicilio. Las cosas no me van precisamente bien, así que... vivo en mi viejo coche.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Pues que duermo en mi coche. Ese es mi domicilio. No podía pagar una pensión últimamente. ¡Y no digamos un apartamento, en plena Nueva York!

– Sí, es una situación lamentable y... preocupante—dijo secamente Derek Newton —. Pero, señorita Lombard, si yo tuviese su imaginación no me preocuparía demasiado: me dedicaría a escribir novelas, y seguro que me hacía rico en poco tiempo.

– ¿Qué quiere decir?

– Quiero decir que una muchacha con su aspecto, tan pulcro y cuidado, y con unas ropas como las suyas, no está en la indigencia.

Está usted fastidiándome, créame. Y se está complicando la vida más de la cuenta.

– No creo que eso sea posible, en mis circunstancias—murmuró Alma.

– ¿No lo cree? Bueno, espero que se convenza pronto de lo contrario. Cuidado, hay unos escalones... Eso es. Si quiere contarlos, hay veintidós. Baje.

– ¿El cuarto de baño está...?

– Baje. La estoy apuntando con una pistola. Si no baja por su propio impulso, lo hará empujada por una bala o un golpe en la cabeza. ¿Qué prefiere?

Alma se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Notó de nuevo una mano de Newton en una de las suyas, que condujo hasta la pared. Comenzó a tantear, dando cautelosamente un paso. Bajo su pie no había suelo. Descendió un peldaño, luego otro, y otro... Tras ella oyó el seco chasquido de una sólida puerta al ser cerrada. Oyó el girar de una cerradura. Y otra vez aquel denso silencio.

Veintidós escalones.

Comenzó a bajarlos, despacio, siempre con una mano apoyada en la pared. Pero la pared terminó pronto, no tuvo dónde apoyarse, nada que la guiara. Olía... a húmedo. Sí, a húmedo. Por supuesto, estaba descendiendo hacia un sótano.

Diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós... Veintidós. Adelantó el pie con cuidado. Sí, los escalones habían terminado, estaba en suelo liso. Adelantó, extendidas las manos. De nuevo una pared. El olor a humedad era muy intenso. Hacía frío allí dentro, comenzaba a notarlo. Un frío... blando y persistente, penetrante.

De pronto, notó algo diferente en la mano que deslizaba por la pared. Era... una cadena. Una cadena, sin duda. Deslizó los dedos por los eslabones, y pronto tocó algo que no era metálico. Tardó unos segundos en identificar aquello que estaba metido en una argolla metálica: era una mano.

Era una mano humana. Una mano que no tenía calor. Tampoco estaba fría. Era como tocar madera... Sí, madera, o paja. Un veloz escalofrío hizo estremecer todo el cuerpo de Alma Lombard. Deslizó la mano por el brazo de aquella persona, y llegó al hombro. Notó la tela. Ni siquiera se le ocurrió hacer pregunta alguna, porque sabía perfectamente que aquella persona estaba muerta.

Y consumida.

Ya ni siquiera olía mal.

Cuando tocó la cabeza con ambas manos, lanzó un grito ahogado, y retrocedió vivamente. Había tocado unos cuantos cabellos, hueso, y uno de sus dedos se había metido en la vacía cuenca de un ojo de aquella persona... Gritó de nuevo cuando ante ella oyó el leve rumor.

Luego, algo rodó, y chocó con uno de sus pies. Estuvo unos segundos como paralizada, antes de inclinarse para tocar aquello... Sus manos palparon el cráneo, y entre sus dedos se desprendieron los pocos cabellos que quedaban allí.

Tenía un cráneo en las manos.

Las separó, retrocediendo otro paso. El cráneo cayó al suelo, rebotó con una sonoridad espeluznante, alejándose, y eso fue todo. Permaneció inmóvil, notando el violento latir de su corazón. Era el único sonido que había allí. ¿Y si había ratas? Aguzó el oído, pero no oyó nada que indicase la presencia de ratas. Menos mal.

Su voz, crispada, sonó de pronto en el lóbrego lugar:

— ¿Hay alguien vivo aquí abajo?

Fue una sensación extraña: como si las paredes fuesen extrañas esponjas que pudiesen absorber sus palabras, y las hiciesen desaparecer enseguida.

— ¿No hay nadie?

No parecía que hubiese nadie... vivo. Pero sí muerto, ya que poco después, al continuar su recorrido siguiendo la pared, encontró otro cadáver, también encadenado a la pared por medio de argollas... Era una mujer. Lo supo cuando tocó un seno... que casi se desprendió completamente y cayó sobre su mano. El sentimiento de horror estaba convirtiéndose en natural en Alma Lombard. Dejó caer aquel pedazo de carne putrefacta, y siguió caminando. Encontró otro cadáver, de nuevo de un hombre. Luego, otro hombre. Otra mujer. Luego..., un esqueleto ya completamente mondo, y cuya cabeza, como la del primero, se separó del tronco al tocarla ella, y rodó por el suelo. Y todavía había otro esqueleto más.

Siete cadáveres.

No parecía que hubiese más. A esa conclusión llegó después de dar la vuelta completa al sótano, siguiendo la pared. Lo que sí encontró fueron algunas estanterías, en las que había botellas polvorientas. Eso era todo. Aunque quizá había algo en el centro de aquella tétrica bodega. Se fue desplazando cuidadosamente, siempre con las manos por delante, para prevenir cualquier contingencia. Encontró más estanterías, más botellas. Formaban una especie de pequeño laberinto en el centro...

La cabeza de Alma Lombard se volvió vivamente hacia el lugar donde había sonado el leve ruido, hacia arriba y a su derecha. La sensación de silencio hermético desapareció, la puerta de la bodega fue abierta. Arriba, oyó la voz de Derek Newton:

—Señorita Lombard, le envío compañía para que no se aburra demasiado.-Grite cuando haya tomado una decisión.

Alma quedó quieta, escuchando. Todo lo que le pareció oír fue un rumor en los peldaños de piedra. Sí, alguien estaba bajando a la

bodega. Pero no era Newton, desde luego. Era alguien que caminaba descalzo, como ella... La puerta se cerró, y quedó de nuevo aquel silencio en el que Alma captaba perfectamente el rumor de las pisadas, y no de una sola persona, no... Dos... Tres... Cuatro. Cuatro personas estaban bajando lenta y cuidadosamente a la bodega. Oía el roce de sus pies, sus ahogadas respiraciones.

— ¿Quiénes son? — preguntó Alma—. ¿Prisioneros de Tenebro, como yo?

En el tramo de peldaños hubo un instante de quietud y de silencio total. Luego, unos cuchicheos. Las pisadas volvieron a oírse. El oído de Alma funcionaba a la perfección, era como un diminuto sonar perfecto, infalible. Las cuatro personas llegaron al final de los escalones, hubo algunos cuchicheos más, y se separaron... Una de ellas caminaba por el centro de la bodega, despacio, cautelosamente... Alma la oyó llegar, pero no se movió. No se movió ni siquiera cuando supo que al siguiente paso aquella persona iba a chocar con ella.

Y así fue.

Hubo el contacto de los dos cuerpos, y enseguida. Alma notó las manos de aquella persona en sus brazos, y oyó su voz aguda, crispada, triunfante:

— ¡Aquí esta, ya la tengo...!

Era una mujer. Clavaba sus manos en los brazos de Alma como si quisiera triturarlos, y no dejaba de gritar, como el cazador que ha conseguido su presa. Alrededor de ellas hubo exclamaciones, voces ahogadas, y una muy nítida, de hombre:

— ¡Sujétala! ¡Entre todos la obligaremos...!

Alma Lombard pasó sus brazos por entre los de la mujer que le sujetaba, moviéndolos con fuerza describiendo un círculo, y se desasió fácilmente de la presa; acto seguido, apoyó una mano en el rostro de la mujer, que advertía lo que estaba sucediendo, y empujó. Así de simple, pero la mujer, sin dejar de gritar, cayó al suelo... Alma notó a su derecha al agitado aliento de otra persona, y disparó su puño cerrado en aquella dirección. Oyó el grito de dolor, el tintinear de algunas botellas, el desplomarse de un cuerpo, y a continuación algunas botellas se hicieron añicos contra el suelo.

Se desplazó rápidamente, en silencio. En el centro de la bodega hubo un choque humano, se oyeron más gritos, más botellas cayeron. Un alarido de dolor.

— ¡Me he clavado un trozo de botella en un pie...!

El olor a vino pareció comenzar a hinchar la bodega. Era tan intenso que casi mareaba. Se oyó otro grito de dolor. Luego, una voz de hombre:

— ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido?

Alma Lombard se deslizó hacia el tramo de escalones, en completo

silencio; subió cuatro o cinco, y se sentó. Abajo, se oía el rumor de las cuatro personas buscándola...

—Escuche —sonó de nuevo la voz del hombre—. Será mejor que colabore. Nos han dicho que tenemos que averiguar quién es realmente, y en cuanto lo sepamos nos devolverán la visión... ¿Lo entiende? Nosotros también estamos ciegos, llevamos aquí mucho más tiempo que usted... Mire, es inútil cuanto haga, créame: jamás podría salir de este lugar, del Palacio de las Tinieblas. Pero puede ayudarnos a nosotros al menos a recuperar la visión si nos dice quién es, y qué fue a hacer al Night Club Night... Si no conseguimos que nos lo diga, nos matarán a todos... incluida usted. ¿Lo entiende? Señorita: ¿lo entiende?

Alma Lombard entendía perfectamente. Era una muestra de claro sadismo: enviar cuatro ciegos contra uno solo, todos encerrados en una bodega. Alguien debía estar divirtiéndose, quizá... La idea fue como un impacto en su mente: ¡Tenebro estaba también allí, en la bodega! Sí, estaba allí, posiblemente en lo alto de los escalones, oyéndolo todo, gozando morbosamente. ¿O no estaba?

— ¿No quiere colaborar? — preguntó el hombre tras una pausa —. Está bien, peor para usted, porque de todos modos vamos a encontrarla, y la haremos pedazos si no contesta las preguntas que nos han indicado que le hagamos. Entiéndalo: la vamos a hacer pedazos de verdad con uñas y dientes, si usted no colabora para que recuperemos la visión... ¿Lo entiende? ¡¿Lo en tiende?!

La pelirroja se puso en pie, se volvió, y comenzó a subir el resto del tramo, despacio, lentamente, con tal sigilo que no era posible que nadie pudiese oírla, considerando que, además, las cuatro personas que había abajo no dejaban de hacer ruido; un ruido que absorbería el poquísimo que ella pudiese hacer.

Si había alguien arriba, y ese alguien era Tenebro, no podría oírla, y quizá ella consiguiese sorprenderlo. Claro que si no era Tenebro, si era Newton, por ejemplo, debía tener encendida la luz de la bodega, para divertirse viendo a los cinco ciegos en una lucha espantosa...

— ¡Soy yo, soy yo...! —oyó abajo.

Hubo un chasquido, una maldición. Dos o tres botellas cayeron al suelo. Unos segundos después, otra exclamación de dolor: alguien más se había clavado un trozo de botella en un pie..., lo que significaba que los cuatro ciegos estaban desnudos. Sí, la persona que estaba en lo alto del tramo se estaba divirtiendo mucho, muchísimo... Si es que había alguien, claro.

Llegó arriba de todo; sus manos quedaron apoyadas por las palmas en la sólida puerta. Se desplazaron, en busca de la cerradura. La encontraron. Era grande, antigua, sólida.

Quedó inmóvil.

Ahora no se oía nada abajo. Absolutamente nada. De pronto, un cuchicheo, y de nuevo el silencio. Un silencio increíble. Alma Lombard permanecía ante la puerta, con las manos en la madera... Estaba oyendo algo.

Sí.

Estaba oyendo algo... Algo... Una respiración contenida. A su izquierda.

A su izquierda.

Aguzó el oído. Un lento repeluzno recorrió su cuerpo cuando se dio cuenta de que estaba sintiendo la presencia de alguien a su izquierda. Más que oír, sentía esa presencia. Alguien estaba a su lado, de pie, inmóvil, conteniendo la respiración. Notaba su presencia, sabía que había alguien allí.

Alma Lombard cerró lenta y fuertemente el puño derecho. Si acertaba...

Su ataque fue perfecto, impecable, digno de sus conocimientos de karate: giró de pronto hacia su izquierda, moviendo la cabeza y los hombros hacia ese lado, mientras su puño derecho silbaba en el silencio del lóbrego lugar. Oyó el principio de una exclamación; sólo el principio, porque sus nudillos chocaron contra algo sólido. El impacto estremeció su brazo, llevando una sensación de dolor desde los nudillos de la mano hasta el hombro. Sonó el impacto, sonó el golpe de una cabeza contra una pared..., y, en el momento en que abajo se oían voces de advertencia, Alma Lombard tendió las manos hacia el lugar donde estaba el hombre al que acababa de golpear, girando completamente hacia ese lado.

El cuerpo del hombre cayó entre sus brazos blandamente, golpeando con su rostro en la frente de Alma. Esta lo sostuvo con el brazo derecho, y con el izquierdo buscó la ropa del hombre. Su mano se introdujo en el bolsillo inferior derecho de la chaqueta..., y casi gritó cuando los dedos tocaron la llave. La sacó, y giró hacia la bodega. Abajo se oían las pisadas que ascendían... Empujó el cuerpo del hombre, y, mientras oía sus rebotes en los peldaños y las voces excitadas de los cuatro ciegos, palpó frenéticamente en busca de la cerradura. Introdujo la llave, hizo girar la cerradura, y atrajo la puerta, gritando de alegría al comprobar que lo conseguía.

Salió, llevándose la llave, y la utilizó a toda prisa para cerrar de nuevo, tras encontrar rápidamente otra vez la cerradura. No se oía nada allá fuera. Retiró la llave, y se volvió, para alejarse de la puerta. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba sudando copiosamente. Se detuvo, alzó un extremo de la sábana con que cubría su cuerpo, y se limpió la frente y la garganta...

En aquel momento sonó el estampido del primer disparo, muy amortiguado. Alma volvió la cabeza hacia la puerta que acababa de

cerrar. ¡La pistola...! ¡La pistola de aquel hombre, fuese quién fuese! Los ciegos se habían apoderado de ella, y... ¿qué estaban haciendo? ¿O el hombre al que ella había golpeado se había recuperado y estaba disparando contra los ciegos?

Sonó otro estampido.

Alma Lombard continuó alejándose, a toda prisa, casi corriendo, con las manos por delante. ¡Oh, Dios, qué terrible era aquella oscuridad interminable, eterna...!

Y de pronto, todo el piso comenzó a retemblar.

CAPITULO VI

Oyó la llegada de Oliver. Sabía que era Oliver, estaba segurísima de ello. Y, en efecto, segundos después, unas manos enormes la asían por los brazos, con una fuerza espantosa.

– ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ha pasado, dónde está Derek...?

– ¡Suéltala, animal! —oyó otra voz conocida—. ¡Le va a romper los brazos!

Alma Lombard fue empujada, casi alzada del suelo brutalmente, pero enseguida otros brazos, mucho más amables, la abrazaron, ayudándola a conservar el equilibrio, mientras en sus oídos tronaba la voz de Oliver.

— ¡Ocúpese usted de ella, por el momento! ¡Yo voy a ver qué pasa!

Todo retembló cuando Oliver se alejó corriendo hacia donde estaba la puerta de la bodega. La voz conocida, amable, sonó junto a un oído de Alma.

– ¿Se encuentra bien, señorita Lombard?

– Sí... Sí, sí... Usted es Nelson..., el hombre al que llamaron Nelson, el que antes...

– Sí. Venga, vamos a buscar un lugar donde podamos permanecer al margen de lo que está ocurriendo..., aunque no sé lo que está ocurriendo. ¿Lo sabe usted?

– No... No exactamente. Bueno, yo...

– Está bien, no se preocupe. Venga por aquí... Tranquila, todo va bien. Luego me explicará lo que ha ocurrido, si desea hacerlo. Iremos a uno de los dormitorios. Allá podrá tranquilizarse.

Caminaron un trecho. Nelson se detuvo, y Alma oyó abrirse una puerta. Entraron los dos, y Nelson cerró tras ellos. La tomó del brazo nuevamente, y la guió.

– Siéntese. Hay un sillón detrás de usted. ¿De verdad se encuentra bien? Está muy pálida y agitada...

– No... No es nada. Creo... creo que he matado a Derek...

Nelson quedó silencioso. Alma oyó desplazarse algo, y luego supo que él se había sentado frente a ella tras acercar un sillón. La mano de Nelson se posó sobre una suya. Era una mano seca y cálida, muy agradable.

— Cuénteme qué ha ocurrido — pidió.

La sospecha brotó impetuosamente en la mente de Alma Lombard. ¿Por qué tenía que confiar en Nelson? Pero era absurdo ocultarle lo ocurrido allá abajo, porque pronto se enterarían. ¿Y si, realmente, pudiese confiar en aquel hombre de manos agradables y voz suave y amable? No perdía nada haciéndolo, al menos en aquella parte del

asunto, de modo que le contó lo sucedido.

Cuando terminó de hablar, esperó algún comentario de Nelson, pero éste tardó en murmurar:

– No se atormente. Sea lo que sea lo que en definitiva haya pasado, usted no podía hacer otra cosa. Bueno, esto no quiere decir que no esté sorprendido, señorita Lombard: usted es una mujer un tanto... peculiar, ¿no le parece? Ah, veo que aprieta usted los labios... Comprendo: desconfía de mí. Pero se equivoca. No me diga nada más, si no quiere hacerlo. Solamente pretendía ayudarla un poco. Es horrible lo que está sucediendo en este lugar... ¡Si lo hubiese sabido, a buena hora me habría metido en esto!

– ¿Y qué es esto? — murmuró Alma.

– ¿No lo sabe? Bien, el causante de todo es Tenebro, desde luego. No sé cómo inventó o descubrió una especie de... gas de rápida volatilización, que provoca una inmediata ceguera, actuando directamente sobre la pupila...

– Entonces, ¿es cierto? — susurró Alma—. ¿Estoy ciega?

– Lo lamento, pero así es.

– Pero..., ¿para siempre?

– Bueno, ese gas, que él llama Blindly, tiene diferentes intensidades, que determinan la duración de sus efectos. Él lo tiene clasificado en Blindly-0010, Blindly-0060, Blindly-0150, etcétera, hasta llegar al Blindly-1000, que produce la ceguera total e irreversible...

– ¿Y conmigo... ha utilizado... el Blindly-1000?

– No lo sé.

– Eso es lo que él ha dicho — jadeó Alma—: que jamás volveré a ver.

– Bien, si él lo ha dicho... Lo siento de veras.

– Pero... pe-pero no... no puede ser... ¡No puede ser!

– Cabe la posibilidad de que haya utilizado otro de menos intensidad, pero que haya querido asustarla diciéndole que jamás volverá usted a ver. Es un sádico, un criminal... Tardé en enterarme de que ha estado utilizando personas que secuestraba para ir experimentando con su... invento. Sé que hay varias de esas personas en la bodega, y, en cuanto a las que tenían que atacarla a usted, son las últimas que estaban sometidas a diversos experimentos..., aunque no sé por qué sigue haciendo esos experimentos, ya que está comprobado que el gas es un... éxito.

– Pero, ¿para qué lo quiere? ¿Para qué quiere esa... esa monstruosidad...? ¿De qué puede servirle a nadie una cosa así? ¿Acaso está loco ese hombre?

– Al poco de entrar aquí, eso fue lo mismo que pensé yo, pero no tardé en darme cuenta de que me equivocaba. Tenebro está

completamente cuerdo. Al principio pensé que estaba devorado por el odio, por el resentimiento hacia una humanidad vidente, y que quería sumirla en la ceguera, para que todos estuviesen como él, pero no, no es eso. Lo que él quiere es dinero, mucho dinero.

– ¡Dinero!

– Así es, se lo aseguro. Su plan consiste en convencer, en primer lugar, a todo el mundo, de lo que él puede hacer con el Blindly. Por eso hizo aquellas actuaciones en un club nocturno. Y ahora va a enviar una nota de amenaza a todos los periódicos importantes de Mueva York: o le pagan cien millones de dolores, o dejará ciegos a todos los habitantes de la ciudad. La primera vez, sólo durante un minuto..., que servirá de clara y terminante advertencia.

– ¿Esos son sus planes?

– Exactamente ésos..., de momento.

– ¿De momento? ¿Qué quiere decir?

– Por lo poco que le he oído en una ocasión hablar con Fielding, que es su brazo derecho en el laboratorio, creo que piensa vender su invento.

— ¡Dios mío! ¿A quién? ¿Quién puede tener interés por una cosa así?

– Mencionaron a alguien llamado Terence Emerson, me parece. No sé quién es, ni estoy seguro de haber entendido bien el nombre, pero sí entendí perfectamente que sería intermediario entre Tenebro y otras personas...

– ¿Qué personas?

– No sé. Tenebro quiere cien millones de dólares ya, ahora. Luego, no sé cuánto espera obtener por la fórmula del Blindly, pero evidentemente, una cantidad incluso superior.

– ¿Conoce usted la fórmula de ese gas?

– Naturalmente. Estoy trabajando con ella.

– Nelson, no me mienta... ¡No me engañe! ¿Realmente es todo cierto, realmente hay luces encendidas y usted puede verme a mí, pero yo no a usted porque estoy ciega?

– No sé cómo convencerla, señorita Lombard. Y le aseguro que soy el primero en lamentarlo.

– ¿Por qué?

– Bueno... Seguramente es una tontería, pero me enamoré de usted en cuanto la vi... No cuando apareció usted en el laboratorio: ya la había visto antes, cuando la trajeron al Palacio. Supongo que no es momento de hablar de estas cosas, pero... ¡es usted tan hermosa! Derek nos contó cosas que usted; dijo que era... tan inteligente y simpática. Y estoy comprobando que lo es... Quiero decir, inteligente. Lo de simpática, en verdad, no está usted en condiciones de demostrarlo.

– ¿Usted también se está... burlando de mí, Nelson?

– ¿Por qué dice eso? — el hombre le tomó las manos —. No sé cómo acabará esto, pero sé que no es momento de tonterías. ¡Si yo pudiese salir de aquí...! Pero no creo conseguirlo. Ya no me queda nada por conseguir en la vida..., que durará muy poco. Sé que cuando terminemos de fabricar la cantidad de gas que Tenebro necesita para dejar ciegos a todos los habitantes de Nueva York, mis compañeros y yo seremos eliminados. Siempre he...

– Espere, espere... ¿Por qué habría de seguir adelante con su plan el Profesor Tenebro, si la ciudad le pagaba los cien millones?

– Ya le he dicho que es un sádico. El espera cobrar, desde luego; pero tanto si cobra como si no, lo hará. Y ello, porque tiene que demostrar a ese Emerson que no está bromeando. Cuando llegue el momento, Tenebro dejará ciegas a doce millones de personas. De este modo el intermediario Emerson podrá ofrecer el gas con toda garantía a los compradores desconocidos.

– Tendríamos que hacer algo para evitarlo... ¡Cualquier cosa!

– Me gustaría poder hacerlo — murmuró Nelson, acariciando las manos de Alma—, pero no es posible. Nadie puede salir de aquí sin permiso personal de Tenebro. Bueno, como iba a decirle antes, yo siempre he ido de un lado a otro metiendo la pata... ¡Incluso cuando me enamoro lo hago a destiempo! ¿Sabe...?, tiene usted un rostro... diferente.

– ¿Diferente? No comprendo...

– No es un rostro corriente. En realidad, lo que a primera vista parece belleza, es algo más... Seguramente, hay muchos rostros tan bellos como el de usted, pero no tienen la misma... expresión de belleza. Supongo que es eso lo que me impresionó en cuanto la vi.

– Expresión de belleza —murmuró Alma—. Es una definición muy amable por su parte, Nelson. ¿Está seguro de que no podríamos salir de aquí los dos?

– Segurísimo. Cuando me trajeron aquí, me fui fijando muy bien en todo, de modo que sé dónde estamos..., y cómo entramos. Sólo con el permiso de Tenebro se puede entrar y salir: cualquier persona que lo intentase sin su consentimiento moriría electrocutado, porque tiene un sistema eléctrico muy bien instalado dentro y alrededor de la casa.

– ¿Qué clase de casa es ésta, a la que él llama el Palacio de las Tinieblas?

– Bueno, es una quinta corriente, en realidad, rodeada de un pequeño bosque. Casi todo son pinos, pero vi algunos cerezos...

– ¿Estamos muy lejos de Nueva York?

– No. Cuando me trajeron en un helicóptero calculé que no recorrí más de treinta millas.

– ¿En qué dirección? ¿Lo sabe?

– Estoy seguro de que fuimos hacia el Norte. La verdad es que tengo la certeza de que estamos muy cerca de White Plains.

– ¿No hay medio de comunicarse con el exterior? Debe haber teléfono en la casa, ¿no?

– Sí lo hay, naturalmente. Pero está controlado por Tenebro. El puede escuchar cualquier llamada, y, si lo desea, cortarla. Apenas descolgásemos el auricular, él lo sabría.

– ¡Pero deberíamos intentar algo! Bien, quiero decir, en el supuesto de que no me esté usted engañando, y realmente esté dispuesto a ayudarme, a escapar de aquí.

– Lo haría en cuanto pudiese, se lo aseguro. Pero sé que los dos moriríamos electrocutados. Y si conseguíamos salir de la casa, los hombres de Tenebro nos capturarían de nuevo en seguida, o nos matarían. ¡Qué más quisiera yo que salir de aquí... con usted! Porque aunque sea ciega, yo... Bueno, es mejor dejar eso.

— ¿Por qué?

– No se puede decir que haya sido afortunado jamás... ¿Por qué tendría que serlo en esto? Es curioso lo que pasa a veces, ¿verdad?

– ¿A qué se refiere?

– Pues a esto..., a esta tontería de mi amor por usted. Y todo, porque tiene un rostro diferente, no sólo hermoso, sino... especial. Es un rostro que se podría amar aunque fuese feo. ¿Nunca le ha ocurrido algo parecido? Se pasa uno la vida buscando algo que valga la pena, y cuando lo encuentra, ya no hay tiempo para nada.

— Siempre hay tiempo para algo — susurró Alma.

Durante unos segundos, nada ocurrió; pareció que Nelson ni siquiera la hubiese oído. Pero, de pronto, Alma Lombard notó las manos de él en sus hombros, y, casi enseguida, su boca en sus labios... Las manos se deslizaron por los hombros, hicieron caer la sábana que Alma estaba utilizando como un sarong, y se posaron en los turgentes pechos. Cuando Nelson deshizo el beso, susurró, junto al cuello de la pelirroja:

– Hay una cama aquí mismo... Pero no me parece noble por mi parte aprovechar este momento para poseerte...

– ¿Por qué no? — musitó Alma, al parecer sorprendida.

– No sé... Pero si tú lo deseas también...

Justo en aquel momento, el potente vozarrón de Oliver llegó hasta ellos, gritando:

— ¡Doctor Marks! ¿Dónde está usted? ¡Doctor Marks!

Las manos de Nelson se crisparon sobre los tibios pechos de Alma Lombard. Acto continuo, volvieron a colocar la sábana adecuadamente, mientras murmuraba:

— Ya te lo he dicho: siempre es tarde para mí. Oliver ya nos está buscando..., y de nada serviría que no le contestase. Es decir, quizá

serviría para enfurecerlo; sólo eso. Será mejor que le conteste.

Alma quedó sola, todavía sentada en el sillón. Oyó abrirse la puerta de la habitación, y cuando terminaba otra llamada de Oliver en busca de doctor Marks, oyó la voz de Nelson:

— ¡Estoy aquí, Oliver! ¿Qué ocurre? Ah, profesor, está usted aquí...

Sonaron las pisadas de Oliver, y las de Nelson Marks. Pero Alma tuvo que hacer un esfuerzo para oír aquellas otras, más suaves. La voz del Profesor Tenebro sonó de pronto junto a ella:

– ¿Puede explicarme lo que ha pasado en la bodega, señorita Lombard? Hemos encontrado muerto a Derek, con la base del cráneo rota, y dos de los prisioneros han muerto a balazos... Oliver ha tenido que disparar contra los otros dos para terminar con todo eso...

– ¿Quiere decir... que han muerto cinco personas? — murmuró Alma.

– Así es. ¿Qué ocurrió?

– Adivínelo, usted que es tan listo.

– No sea estúpida... He estado conteniendo a Oliver todo lo que he podido para que no la... averiase: pero si eso es lo que desea, la voy a dejar en manos de él, para que le haga lo que está deseando desde el primer momento... ¡Oliver, llévatela a la cama contigo!

– ¡Gracias, profesor! —exclamó Oliver.

La sábana fue arrancada de un tirón, Alma Lombard fue alzada como si fuese una pluma, y arrojada sobre el lecho. Aún estaba rebotando en el colchón cuando la enorme mole de Oliver cayó sobre ella, que enseguida notó la monstruosa presión de su virilidad entre los muslos...

– Esperen — sonó de pronto la tensa voz de Nelson Marks —. Un momento, profesor: yo puedo decirle lo que ha pasado en la bodega. He estado sonsacando a la señorita Lombard, y he conseguido averiguarlo.

– ¡Ah, muy bien, doctor Marks...! ¡Espléndido! ¿Qué ha pasado?

– Bueno, cuando ella... ¡Dígale a esa bestia que salga de encima de la muchacha!

Alma, que estaba como aplastada bajo el tremendo peso de Oliver y comenzando a experimentar de nuevo el horror de aquel monstruoso principio de penetración, gritó cuando, al oír Oliver esto, aún apretó más, con más fuerza, con más violencia, en busca de la totalidad del tibio camino del placer que Alma escondía... El avance en ese camino fue corto, pero terrible, mientras Oliver jadeaba:

– Sólo... un momento más, profe... sor...

– Sal de ahí — dijo secamente Tenebro —. Si las cosas suceden a mi gusto, prefiero conservar a la señorita Lombard para mí: ¡Sal de ahí, te digo!

El peso que la aplastaba impidiéndola moverse, cesó, y Alma suspiró profundamente. Notó unas manos en sus brazos, pero supo enseguida que eran las de Nelson, que a continuación le colocó una vez más la sábana alrededor del cuerpo... Como lejana, llegaba a oídos de Alma Lombard la voz de Oliver, refunfuñando furiosamente por no haber terminado el recorrido del camino tibio hasta el placer total...

— ¿Y bien, doctor Marks?

Nelson explicó a Tenebro lo que antes le había explicado Alma a él. Cuando la explicación terminó, Tenebro estuvo unos segundos silencioso. Por fin, dijo, secamente:

– La señorita Lombard está resultando muy molesta aquí, pese a estar ciega... Así que vamos a desprendernos de ella.

– ¿Qué quiere decir? — exclamó Nelson Marks.

– Quiero decir que la vamos a utilizar... Nos va a ser de gran utilidad. Y estoy seguro de que esta vez, la señorita Lombard no va a negarse a colaborar: llevará un mensaje a... a alguien importante de la ciudad de Nueva York. Por ejemplo, al alcalde, para que éste se comunique con quien considere oportuno. ¿Está de acuerdo, señorita Lombard?

– ¿Qué mensaje debo llevar? — susurró Alma, que no podía creer lo que estaba oyendo.

– Irá a ver al alcalde de Nueva York, y le dirá que antes de tres días debe tener preparados cien millones de dólares, en efectivo, en billetes de nominación no inferior a cien dólares. Oportunamente, yo me pondré en contacto con él, y le diré cómo, cuándo y dónde debe entregarme esa cantidad. Si no lo hace, convénzale de que puedo dejar ciegos a los doce millones de habitantes de Nueva York... ¿Me ha entendido?

– Perfectamente — susurró de nuevo Alma.

– Muy bien. Y no se haga ilusiones — sonó la risa de Tenebro—. Su libertad va a ser momentánea. Si la envío a usted es porque por sí misma será una gran prueba de convicción respecto a mis poderes, y, además, sé que podrá explicar muy bien que puedo conseguir cumplir mi amenaza sin ninguna dificultad. Sé que usted sabrá explicarse muy bien, ya que es... periodista. ¿De acuerdo?

– Sí...

– Esmérese en sus explicaciones. Y hasta pronto, señorita Lombard.

– ¿Hasta pronto...?

– Naturalmente. Adivine usted qué más pediré que me entreguen con los cien millones de dólares.

– ¿Yo?

– ¿Se da cuenta? — volvió a reír Tenebro —. ¡Es usted sumamente

inteligente! Y muy perspicaz. Tengo la convicción de que usted es algo más que periodista, pero ya no tengo prisa en saberlo... Continuaremos esta conversación cuando volvamos a encontrarnos.

Alma Lombard estuvo a punto de decir que nunca más volverían a encontrarse, pero las palabras no llegaron a salir de su boca. En primer lugar, tenía sus dudas acerca de la bondad del ser humano, de modo que sabía que si Tenebro la pedía a ella además del dinero, sería sacrificada. Y en segundo lugar, precisamente era ella quien haría todo lo posible por volver a encontrarse con Tenebro...

– Oliver — sonó de nuevo la voz de Tenebro —, encárgate de preparar el viaje de la señorita Lombard. ¡Y deja de resoplar...! Más adelante, cuando la señorita Lombard lleve ya un tiempo conmigo y yo me haya aburrido de mis juegos deliciosos con ella, te la cederé. ¿Estás contento?

– ¡Sí, profesor! ¡Gracias!

– Muy bien. Vuelva a su trabajo, doctor Marks, mientras Oliver prepara... Un momento. Se me está ocurriendo algo mejor. Es evidente que usted sabe tratar a la señorita Lombard, así que irá con ella. ¿Le parece bien? Pero no todo el tiempo. El piloto del helicóptero la dejará en un lugar adecuado, pero, considerando que la señorita Lombard está ciega, podría tener un accidente que retrasase toda su explicación... Puede usted ir con ella, llevarla de la mano hasta un lugar donde pueda ser recogida, y regresar adonde le estará esperando el helicóptero, para volver aquí. ¿Le parece bien?

– Sí —sonó tensa la voz de Nelson Marks—. Sí, me parece una buena idea, profesor.

– Pues prepárese. Oliver, prepara el viaje inmediatamente...

CAPITULO VII

El helicóptero se despegó del suelo con leve balanceo. En el asiento de atrás, Alma Lombard, vestida con sus ropas, había cerrado los ojos, pero, cuando volvió a abrirlos un poco más tarde, nada sucedió, seguía sumida en la oscuridad.

– Doctor Marks —alzó la voz—. ¿Es de noche?

– No — le llegó la voz de Marks, desde el asiento delantero, junto al piloto del helicóptero—. Deben ser las cinco de la tarde

– Quiero decir..., ¿hay luz, hay... sol...?

– Sí... Sí.

Alma Lombard no preguntó nada más. Le llegaba el aire por las ventanillas delanteras del helicóptero, y sabía que iban elevándose. Estaban al aire libre, de eso no tenía la menor duda..., del mismo modo que no podía tenerla ya respecto a su ceguera. Hasta entonces, había conservado la extraordinaria esperanza de que todo hubiese sido una absurda broma de Tenebro y sus hombres, de que hubiesen estado en un lugar donde no había luz para nadie, con el fin de hacerle creer a ella que estaba ciega, sin ser cierto. Pero ya no podía dudar... No sólo porque en el Night Club Night había sufrido aquel fenómeno de perder la vista en cuestión de segundos, sino porque era imposible que el helicóptero estuviese volando en algún lugar cerrado y sin luz. Iban ascendiendo, lo sabía perfectamente, y, aunque hubiese sido de noche, habría visto alguna luz en alguna parte: una estrella, el resplandor de alguna localidad, incluso el de New York City..., cualquier cosa.

Pero no. No veía nada. Estaba ciega. Y el pensamiento de que esa ceguera era irreversible, de que Tenebro la había dejado ciega para siempre, puso en su ánimo odio y terror. ¡Ciega para siempre! No sabía cuántas horas llevaba en este estado, pero eran las suficientes para empezar a comprender qué podía sentir un ciego. ¡Dios...! No podía creerlo... No podía creer que una de las miserias del ser humano fuese aquella cosa tan terrible, la pérdida de la visión. ¡No ver nunca más la luz del sol, ni las flores, ni el mar, ni...!

Apartó bruscamente estos pensamientos de su mente, y se esforzó en concentrarse en lo que debía interesarle más en aquellos momentos. Su idea era que no tenía sentido que Tenebro hubiese enviado a Nelson con ella..., a menos que Nelson tuviese que hacer algo más que ayudarla a caminar, lo que, con más o menos facilidad, podría hacer sin ayuda de nadie. Sí, Tenebro había enviado a Nelson con ella por algo más. Pero..., ¿el qué? Una de esas cosas podía ser engañarla de algún modo, lo que significaría que en todo momento Nelson la había estado engañando siguiendo instrucciones de

Tenebro. Otra cosa podría ser que Tenebro no hubiese quedado satisfecho con la actitud de Nelson Marks, y que...

¿Podía ser esto? ¿Quizá Nelson Marks, realmente, había sido sincero con ella..., y ahora estaba en peligro? Porque si el piloto del helicóptero tenía determinadas órdenes...

La voz del piloto sonó justo en aquel momento:

— Bien, doctor Marks, ya estamos a suficiente altura: salte.

Alma oyó la sorprendida exclamación de Nelson.

– ¿Qué...?

– Que salte usted —rió el piloto—. Parece que el profesor no está contento con su comportamiento, y... ¡Quieto! No sea estúpido, ¿no ve que le estoy apuntando con una pistola?

– Canallas —jadeó Marks—. ¡Canallas, criminales...!

– Vamos, déjese de tonterías, y salte. Aunque estoy autorizado para meterle antes un par de balas en el cuerpo, si usted lo desea. ¿Qué prefiere? ¿Intentar volar... o caer ya muerto? Yo intentaría volar, porque aunque estemos a más de dos mil pies de altura, nunca se sabe...

Alma Lombard, que estaba oyendo perfectamente la conversación pese al trepidar del aparato, ya no tenía por qué hacer más cábalas sobre la decisión de Tenebro de enviar con ella a Nelson Marks: ya tenía la respuesta. Sus dudas se centraban en lo que debía hacer ella. ¡Y lo que fuese, tenía que hacerlo pronto...!

Y lo hizo.

Era la única posibilidad para Nelson, y para ella misma.

Guiándose por la voz del piloto, lanzó uno de sus golpes de karate, con todas sus fuerzas, ferozmente... u mano, de canto, impactó duramente en alguna parte de la cabeza del piloto, y pareció que mano y cabeza rebotasen una en otra. Fue un golpe mortal, que tiró al piloto sobre los mandos, muerto en el acto, con una crispación súbita tan fuerte que el dedo que el hombre tenía en el gatillo se crispó, y dentro del pequeño aparato sonó el estampido del disparo, casi simultáneamente con el grito de dolor de Nelson Marks.

El helicóptero dio un fuerte bandazo, y posiblemente Alma habría salido despedida contra la ventanilla si no se hubiese aferrado al respaldo del asiento del piloto. El helicóptero parecía haber sido atrapado de lleno en un huracán, y caía, comenzando a perder toda estabilidad...

— ¡Nelson! — gritó Alma —. ¡Los mandos, los mandos...!

Le pareció oír un quejido. Eso fue todo. Flexionó los brazos, adelantándose en el asiento. Tanteó con una mano, encontró al piloto caído de lado, y lo apartó aún más. Casi salió disparada por la ventanilla cuando pasó al asiento del piloto, sobre el cual se sentó. Sus manos encontraron las palancas de los mandos, se apoderaron de

ellas...

— ¡Nelson! ¡Nelson, dime dónde estamos, dime qué tengo que hacer...!

Esta vez, ni siquiera le llegó el quejido. Sumida en la más impenetrable oscuridad. Alma Lombard utilizó los mandos del helicóptero para estabilizarlo, y una vez lo hubo conseguido comenzó a tomar altura rápidamente. Era todo lo que podía hacer.

— Por el amor de Dios... ¡Nelson! ¡DOCTOR MARKS!

Ya controlado el aparato, tanteó con la mano derecha hacia el asiento contiguo. Enseguida tocó el cuerpo de Nelson Marks..., y la sangre, en la parte izquierda de su pecho. Pero no parecía que estuviese muerto.

La radio. ¡La radio!

Podía utilizarla para ponerse en contacto con cualquier torre de control, con otro helicóptero, o algún avión, o... Pero si utilizaba la radio, seguramente Tenebro lo sabría todo. Naturalmente, debía haber comunicación entre Tenebro y el piloto del helicóptero. Muy bien, que se enterase... De todos modos, tarde o temprano sabría que algo había ocurrido, si llamaba al piloto y no obtenía respuesta. De modo que, ¿por qué correr más, riesgos?

Localizó la radio, y abrió el canal. _

– ¿Me está oyendo alguien? —gritó.

– Ringdom — sonó una voz—, ¿Qué pasa? ¿Quién habla?

Los dedos de Alma Lombard buscaron frenéticamente el dial que podría cambiar la onda de la radio. Lo movieron.

– ¿Me está oyendo alguien? —volvió a gritar.

– ¿Oyendo? — sonó otra voz de hombre—. Preciosa, acaba de destrozarme los tímpanos. Me voy a quitar los auriculares, porque de otro modo...

– ¡Necesito ayuda! ¡Estoy volando a ciegas!

– ¿Cómo dice?

– ¡Estoy volando a ciegas! ¡Estoy ciega, y estoy a bordo de un helicóptero, pilotándolo! ¡Necesito ayuda, necesito que alguien me oriente para aterrizar!

– Oiga, encanto...

– ¡Estoy hablando en serio!

– Pues muy bien... De acuerdo, está hablando en serio. ¿Dónde está usted?

– ¡No lo sé! Creo que estoy volando desde White Plains en dirección a Nueva York, pero... ¡No lo sé, debo haberme desviado, no sé qué dirección habrá tomado el helicóptero después de...!

— Después, ¿de qué?

— ¡Tiene que ayudarme! ¡Tiene que encontrarme, y decirme lo que tengo que hacer!

— Bueno, bueno... Veamos, ¿cómo es su helicóptero? ¿De qué modelo, color...?

— ¡No lo sé!

— Fantástico. ¿Está sobre el mar o sobre tierra firme?

— ¡No lo sé! ¡NO LO SE!

– Escuche, tómeselo con calma, ¿quiere? Me gustaría ayudarla, pero no sé qué hacer. Siga volando... Voy a ver si contacto con alguien más que pueda ayudarnos...

– Aquí, Amx-3229 —sonó la voz de otro hombre—. Los estamos oyendo. ¿No es una broma?

– Parece que no — contestó el primer interlocutor de Alma—. Y si lo es, no tiene la menor gracia, desde luego.

– ¡No es una broma! —gritó Alma—. ¡Estoy ciega, volando en un helicóptero, y no sé dónde estoy, ni a qué altura...! ¡No sé NADA!

– Cálmese, cálmese... Sobre todo, no pierda altura. ¿Puede conseguir eso? ¿Sabrá hacerlo?

– ¡No lo sé!

– Hijita, deje de gritar — intervino otra voz—, o nos dejará sordos y todo será peor. Vamos a ver: ¿usted sabe pilotar el helicóptero, o lo está haciendo por chiripa?

– Sé manejarlo... Sé hacerlo muy bien..., cuando veo.

– Estupendo. Entonces, no tengo que decirle lo que ha de hacer para saber que está volando alto, ¿eh? Abra la ventanilla si es que la tiene cerrada, y el frío se lo dirá todo. ¿Comprendido?

– Sí... Sí, es cierto, sí... Estoy volando alto, sí.

– Pues manténgase así, criatura, y vuele. Eso es todo. Vamos a ver si podemos ayudarla. ¿Tranquila?

Alma Lombard se pasó una mano por la frente. Estaba empapada en sudor; un sudor frío, denso, abundante. Tranquila. Eso era... Tranquila. No tenía que perder la serenidad. No ella. ¡No ella, ciertamente!

— Tranquila, sí. De verdad: tranquila.

— Okay. No tiene que hacer más que eso: estar tranquila, y seguir volando. No toque la radio, no la cierre. Iremos hablando con usted... ¿Alguien tiene una idea mejor?

Por la radio no se oyó ninguna voz. Al parecer, nadie tenía una idea mejor..., y durante algunos minutos, eso fue todo. Alma Lombard continuó volando entre tinieblas, hasta que, poco a poco, comenzó a percibir el cambio de temperatura. Estaba segura de que volaba a la misma altura, así que... ¡Nueva York! El vaho de la gigantesca ciudad llegaba hasta ella. Descendió un poco más... Comenzó a oír el zumbido de la gran ciudad. ¿O eran alucinaciones?

– ¿Señorita? — sonó la voz en la radio.

– Sí, sí... ¡Dígame!

– ¿Es usted pelirroja?
– Sí... ¡Sí!
– Okay. La estoy viendo con unos prismáticos... Pronto oirá nuestro helicóptero cerca del suyo. Veamos: ¿le gustaría aterrizar en Central Park?
– ¡Oh, Dios mío...! Sí... ¡Sí!
– Okay. Ahora es cuando nos va a demostrar si realmente sabe o no sabe pilotar ese helicóptero. Escuche con toda atención...
Cuatro minutos y medio más tarde, el helicóptero se estremecía cuando, con cierta brusquedad, su tren de aterrizaje tocaba tierra en Central Park, en pleno corazón de "Manhattan. Cuando el aparato estuvo ya quieto, Alma Lombard paró el motor. Estuvo unos segundos como paralizada, oyendo el rumor de gente a su alrededor, gritos, voces excitadas... Cuando, finalmente. Alma Lombard comenzó a oír la llegada de una ambulancia, se dejó caer a un lado, sobre el cuerpo de Nelson Marks, y rompió a llorar mansamente...

*

– ¿Se encuentra mejor?
– Sí, señor.
Alma Lombard oyó al hombre sentarse en otro sillón, frente a ella. Su nombre era Adley Fenwick, y su ocupación era el espionaje, o, mejor dicho, el contraespionaje. El coronel Adley Fenwick dirigía una de las Secciones del G-2, el servicio de contraespionaje militar, en el que hacía poco más de un año había ingresado la señorita Alma Lombard; mejor dicho: el teniente Alma Lombard.
– Todo está en marcha —murmuró Fenwick—. Nos ha parecido conveniente solicitar la colaboración de la C.I.A. para que nos ayude a localizar esa quinta rodeada de pinos y cerezos cerca de White Plains: tenemos una gran cantidad de helicópteros buscando. Y también estamos intentando localizar al hombre llamado Terence Emerson... El piloto del helicóptero murió, desde luego.
– ¿Y el doctor Marks?
– Están naciendo todo lo posible por él... Es de esperar que pronto nos digan algo sobre sus posibilidades.
Alma Lombard quedó silenciosa, recordando lo sucedido... No había tardado en conseguir comunicarse con Fenwick después de aterrizar en Central Park, y ello porque Fenwick estaba precisamente en Nueva York esperando los informes de ella... Fenwick se había hecho cargo de la situación tras una breve plática con la Policía. El resultado de la plática había sido que el helicóptero había sido retirado de Central Park, y que, en aquellos momentos, sus tres ocupantes estaban en una clínica privada y discretísima, cerca de

Nueva York. Allá, en el depósito de cadáveres, yacía el hombre llamado Albert Ringdom, muerto por el golpe propinado por Alma Lombard. En el quirófano, el doctor Nelson Marks estaba luchando entre la vida y la muerte en manos de los cirujanos...

En cuanto a la señorita Alma Lombard, había sido examinada minuciosamente por un prestigioso oculista..., que no había encontrado en sus pupilas nada que pudiese orientarle. Pupilas que, por cierto, no eran tan brillantes como antes, pues Alma Lombard, finalmente, se había quitado las lentillas... En resumen: la señorita Lombard debería estar sometida a observación continua y por tiempo indefinido. Así estaban las cosas.

—Lamento que todo esto haya sucedido, teniente — murmuró de pronto el coronel Fenwick.

Alma alzó la cabeza, como si pretendiese mirar a su jefe. Ante ella, la oscuridad terrible, la oscuridad total.

– Son cosas que pasan, señor — murmuró a su vez.

– Sí, lo sé... Pero todo eso del Profesor Tenebro... Bueno, ojalá hubiese sido una tontería, tal como pensábamos en el fondo.

Hubo una crispación en los bonitos labios de Alma Lombard. Sí, en realidad, habían pensado que era una tontería: ¡un sujeto que podía dejar ciega a la gente! Pero, militarmente, esa posibilidad debía ser estudiada, vigilada...

—Espero que no se culpe usted de nada, señor... En realidad, la culpa fue mía. Fui yo quien sugirió que no había que darle tanta importancia, y que, por el momento, bastaría un simple acercamiento a él. Fui yo misma quien pensó en hacerle una entrevista a ver qué conseguía saber de un asunto que... que me hacía gracia, en cierto modo. Sólo en cierto modo, pero... ¡me parecía una cosa tan imposible, tan absurda! Tenía que haber truco... Así que, dispuesta a descubrirlo y a no dar demasiada importancia al asunto, me saqué de la manga mi empleo en la revista The New Woman, y allá fui, dispuesta a divertirme un poco. Sólo un poco, ya que si había algo de cierto en los poderes del tal Profesor Tenebro, habría sido necesario tomar cartas en el asunto, pues podrían ser utilizados como arma alguna vez... Y ya ve si nuestro olfato era bueno, señor. Lo que empezó como leve preocupación militar y una cierta diversión por mi parte, se ha convertido en una realidad: no sólo Tenebro exigirá cien millones de dólares, sino que, aunque los paguemos, dejará ciegas a cuantas personas haya en Nueva York cuando él lance su gas Blindly... Y aún hay más: piensa vender la fórmula del Blindly a ese Terence Emerson, el cual la venderá a su vez a... ¿a quién? Supongo que han buscado el nombre de Emerson en la guía telefónica.

– No consta en ella.

– Claro... Habría sido demasiado fácil. Pero hay que encontrarlo...

¡Y cuanto antes! Tenebro ya debe saber que las cosas le han salido mal a su hombre, al piloto del helicóptero, y por supuesto, tomará sus medidas... ¿Se imagina cuáles pueden ser esas medidas?

– No me sorprendería que adelantase sus planes — gruñó sombríamente al coronel Fenwick.

– Lo mismo he pensado yo. Por eso, hay que encontrarle lo más pronto posible... ¡Y yo que pensé que podía ser divertido eso del truco de un chiflado que se hacía llamar Profesor Tenebro!

– La culpa no es propiamente de usted. Yo debí tomarme el asunto con más seriedad, no debí dejarme convencer por usted: debimos interesarnos por Tenebro y sus... facultades directamente, con personal suficiente.

– Ya está hecho. Lo que interesa es encontrar a Tenebro; o a ese Emerson. Posiblemente, es un intermediario profesional, así que no me sorprendería que supiese muy bien a quién venderle una cosa como el gas Blindly. Imagínese ese gas en poder del ejército chino, o el ruso, o... o el nuestro.

– ¿Qué quiere decir?

— Es un invento monstruoso. Debería ser destruido.

El coronel Fenwick se quedó mirando fijamente a Alma Lombard. ¿Destruido?

— ¿Destruido? —murmuró.

— Si quiere entender bien mi postura, coronel, sólo tiene que cerrar los ojos y permanecer así durante horas y horas, sin abrirlos para nada, pase lo que pase a su alrededor. Y ni siquiera digo que le pasen las mismas cosas que a mí en el... Palacio de las Tinieblas. Bastaría con que usted se encontrase a bordo de un helicóptero en pleno vuelo, sin ayuda, y sin abrir los ojos.

Fenwick se pasó la lengua por los labios. No sabía qué contestar. Y no tuvo necesidad de dar respuesta alguna, porque un hombre entró en aquel momento, diciendo, con voz tensa:

— Señor, ha sido localizada una quinta rodeada de pinos y con algunos cerezos cerca de White Plains. El mensaje acaba de llegar procedente de uno de nuestros helicópteros.

Alma Lombard se puso en pie de un salto.

– ¡Estupendo! —exclamó—. ¡Vamos allá inmediatamente...!

– ¿Está loca? — respingó Fenwick, poniéndose de pie de otro salto sobresaltadísimo—. ¡Claro que no va a venir con nosotros! ¿Cómo se le ha podido ocurrir...?

– Se me han ocurrido muchas cosas — le interrumpió Alma Lombard—. Sí, se me han ocurrido muchas cosas mientras he estado sometida a examen, mientras he estado esperando entre tinieblas. Una de esas cosas es que, para luchar en la oscuridad contra Tenebro, soy la más indicada. La otra cosa...

– ¡No tenemos por qué luchar en la oscuridad! ¡Vamos a ir allá con el suficiente número de hombres para que...!

– No, no —le interrumpió de nuevo Alma—. Nada de muchos hombres. ¿No lo entienden? Tenebro puede dejarlos ciegos a todos. Y no sólo eso, sino que tiene un sistema de defensa muy peligroso en esa casa, según me explicó Nelson Marks. ¿Por qué correr riesgos de ninguna clase? ¡No quiero que ninguno de mis compañeros muera...! , y menos aún que puedan quedar ciegos para siempre, como yo misma. De modo que, salvo que alguien se le ocurra una idea mejor, lo haremos a mi manera.

Los dos hombres permanecieron unos segundos mirándola en silencio. Por fin, Fenwick murmuró:

— ¿Y cuál es su manera...?

CAPITULO VIII

La pequeña radio emitió un zumbido, y Alma Lombard admitió inmediatamente la llamada.

-¿Sí?

«Ya está hecho. Hemos localizado la línea de energía de la casa, y la hemos cortado... No hay corriente eléctrica en esa casa, por lo tanto. Lo que significa que las trampas electrificadas no funcionan. Lo que a su vez, significa que podríamos entrar con usted, sin peligro alguno, así que...»

— ¿Sin peligro de quedarse ciegos? — cortó Alma.

Hubo un largo silencio. Y de nuevo la voz de Fenwick:

«Es una locura... ¡Es una locura!»

—Más locura sería arriesgar a unos cuantos muchachos.

«Escuche, si lo que usted quiere es que la maten, porque prefiere eso a vivir ciega el resto de su vida...»

— ¡Yo no quiero que me maten! —cortó casi rabiosamente Alma Lombard—. Sé muy bien que la vida siempre puede ofrecer algo hermoso, ocurra lo que ocurra. Incluso entre tinieblas, la vida puede ofrecer... algo que valga la pena vivirla. No, no quiero morir, se lo aseguro. Lo que quiero es que si ha de morir alguien... Bien, eso es todo. Voy hacia la casa. Vayan orientándome por medio de la radio. ¿O quizá no me ven? Ya es de noche, ¿no?

« ¿De noche? Son más de las once de la noche... Pero la vemos perfectamente en el lugar donde la hemos dejado antes. Hay luna, de modo que la vemos perfectamente a usted y la casa.»

– Voy para allá.

«Escuche, por última vez...»

– Voy para allá.

La pelirroja se puso en pie, y comenzó a caminar. Primero, en línea recta, sin contratiempo alguno, salvo el representado por los pinos que estaban más cerca de la casa, que fue tocando con la mano derecha. En la izquierda sostenía la radio. Y la derecha, además de tantear con ella, podía utilizarla en cualquier momento para empuñar la pistola que le habían facilitado, y que llevaba en el escote...

«Siga en línea recta —llegó la voz—. Ahora hay algunos arbustos de flores, pero han quedado un poco a su derecha. Siga... Se lo voy a decir bien claro: si desde la casa alguien mira por una ventana, la verán llegar.»

—Manténganse alejados —se mostró intransigente Alma—. No olviden que ese gas puede dispersarse mucho; pero no creo que lo utilicen si sólo me ven a mí.

Continuó caminando. Y llegó ante los escalones del amplio porche

de la casa sin que hubiese ocurrido nada. Avisada de su presencia por los hombres que, a distancia, observaban con prismáticos a la luz de la luna, Alma Lombard subió los escalones. Cinco. Llegó ante la puerta. Nada sucedía. Acercó la radio a su boca, y susurró:

— ¿No han visto nada? ¿Nadie?

«Nada y nadie, llegó la respuesta.»

Alma puso la mano en la puerta, y la empujó. En el mismo momento en que la puerta cedió, comenzó a comprender que Tenebro había tomado ya sus medidas. Nadie podría sorprenderle... Cuando ella utilizó la radio del helicóptero, él lo había sabido. Y había tenido horas, desde entonces, para tomar sus medidas.

Pero..., ¿qué medidas?

Las trampas electrificadas, evidentemente, no funcionaban. ¿Había otra clase de trampas? ¿Había colocado en alguna parte una fuerte dosis de Blindly que podía hacer estallar a distancia cuando lo desease? Eso significaría que cuando tal cosa ocurriese, ni él ni sus hombres estarían allí dentro... Lógico.

Alzó la radio.

– ¿Había luz en alguna parte de la casa cuando ustedes cortaron la corriente? — preguntó.

– Sí. En varias ventanas de la planta baja, y dos de la parte de arriba. La casa tiene planta y piso.

Alma quedó pensativa. Si había luces encendidas significaba que alguien había quedado en la casa. Y si había alguien en la casa, Tenebro no se decidiría a usar el Blindly-1000, que dejaría ciegos a sus colaboradores para siempre. ¿O quizá no?

La idea vino de pronto, por fin, a la mente de Alma Lombard: ¿quizá había algún medio de protegerse del gas Blindly, incluso del Blindly-1000? Recordó lo sucedido en el Night Club Night: Derek Newton la había golpeado en la cabeza, con toda precisión, cuando ella ya no veía nada. ¿Cómo había podido hacerlo? ¿Sujetándola por un brazo y calculando así dónde tenía la cabeza? Quizá, pero no le parecía un método absolutamente seguro; aunque fuese por centímetros, Newton podía haber fallado el golpe. Pero no: le había acertado de lleno... Entonces, ¿Derek Newton la había estado viendo a ella en la oscuridad en la que nadie más veía? ¿Cómo podía ser eso? Fuese como fuera, así debía haber sido. Sí, tenía que haber sido así. De otro modo, Newton habría tenido muchas dificultades, no sólo para golpearla, sino para salir del local cargado con ella, caminando entre gente que se había asustado pese a todas las amables recomendaciones del Profesor Tenebro.

Newton había tenido que golpearla, cargar con ella, cruzar toda la sala llena de gente que derribaba mesas y gritaba... Seguramente, Oliver le había ayudado a transportarla a la camioneta... ¿Y todo eso,

a ciegas...? ¡Imposible! Como fuese, Derek Newton y Oliver habían conservado la visión... ¿Cómo?

Y si se podía conservar la visión... ¿quizá existía algún modo de recuperarla? ¿Podían ser contrarrestados los efectos del gas Blindly?

La esperanza hacía latir el corazón de Alma Lombard, que permanecía como clavada al suelo por los pies. De pronto, volvió a la realidad, recordó dónde estaba...

El silencio... Aquel silencio denso, total, que tan bien conocía... Desde luego, ya no podía dudarlo: estaba en... el Palacio de las Tinieblas. Y había encontrado la puerta abierta. La puerta abierta, nadie gritaba dentro de la casa, no se oían voces pidiendo luz... ¿La casa, simplemente, había sido desalojada?

¿O quizá habían sido todos sorprendidos allí dentro, y ahora estaban esperando que entrasen sus compañeros, para déjalos ciegos, y escapar sabiendo que ya no quedaba peligro afuera...? Si esto era así, indudablemente, debía haber un medio para protegerse del gas Blindly... ¿Qué medio? Sí, tenía que haber un medio; el que sin duda habían utilizado Oliver y Newton. ¿Qué medio...?

Sola, inmóvil, rodeada de tinieblas, Alma Lombard lanzó de pronto una exclamación:

— ¡Claro que...!

« ¿Qué ocurre?», sonó la voz en la radio.

— ¿Qué...?

« ¡La hemos oído gritar! ¿Está bien?»

—Sí... Sí, estoy bien... Me parece que no hay nadie en la casa. Y sé muy bien por qué: se fueron, pero deja ron las luces encendidas para atraernos... y que cayésemos en las trampas electrificadas. Este silencio... Yo di ría que no hay nadie, pero esperen todavía unos minutos. Les avisaré.

Comenzó a caminar, tropezando con muebles. ¡Qué silencio!

Tropezando en todas partes, consiguió llegar al pasillo. Sí, era el mismo pasillo. ¿Y el gato? ¿Se había llevado Tenebro el gato... que Derek había dicho que era una encarnación del propio Tenebro...? ¡Qué tontería!

Encontró una puerta, la abrió, y entró en aquella estancia. Era un dormitorio. Entró luego en otro... La tercera puerta ya no correspondía a un dormitorio: apenas dar unos pasos hacia el centro chocó con algo, y unos cristales tintinearon... ¡El laboratorio! Sumido en el mismo silencio que toda la casa. Aguzó su finísimo oído... No se oía ni siquiera una respiración. ¿Alguien la estaba viendo a la luz de la luna que debía reflejarse en la ventana? ¿Estaba sola o no estaba sola?

Sacó de pronto la pistola, y disparó varias veces, describiendo un veloz semicírculo... Plop, plop, plop, chascaron los disparos. Oyó los

impactos en la pared, rotura de cristales..., pero ni un grito de sobresalto, ni una voz, ni un respingo... Nada.

Alzó de nuevo la radio.

– Pueden venir —murmuró—. No hay nadie en la casa. ¡Pero utilicen linternas, no conecten de nuevo la corriente!

– De acuerdo. Allá vamos.

*

Oyó los pasos que se detenían ante el sillón en el que estaba sentada, y la voz conocida:

– Están todos en el sótano, en la bodega... Muertos.

Alma alzó la cabeza.

– ¿Cuántos muertos? — susurró.

– Bueno... Aparte de los que hemos encontrado encadenados a una de las paredes, hay ocho más. Una mujer y tres hombres desnudos, un hombre vestido corrientemente de calle, y tres hombres vestidos con batas...

– Los ha matado... Ha matado a sus tres colaboradores, y se ha marchado llevándose el gato y a Oliver. ¿Alguno de los hombres que lleva bata se llama Fielding, han encontrado documentación...?

– Llevan documentación. Y uno de ellos se llama John Fielding, en efecto. Registraremos la casa de arriba abajo con más detenimiento, pero a primera vista, eso es lo que hemos encontrado... utilizando linternas, desde luego. De todos modos, ya han sido localizadas las trampas electrificadas, y las están anulando... Hemos encontrado una caja fuerte en el laboratorio...

– ¡Hay que abrirla! Quizá dentro de ella...

– Ya estaba abierta. Y vacía.

— Se lo ha llevado todo... Es decir, todo lo que le interesaba: su gato, su siervo Oliver, y la fórmula, el dinero... Y sólo nos ha dejado cadáveres. Por el momento, espero que hayamos dificultado sus planes de lanzar el Blindly y sobre Nueva York, pero buscará otro lugar donde fabricarlo. Si hubiese alguna cantidad de Blindly en el laboratorio, podríamos pedir que lo analizasen, y...

— No hay nada de eso. O lo ha destruido, o se lo ha llevado.

– Claro... No ha querido dejar rastros, quiere mantener su fórmula en secreto. Al menos, por el momento, ya que piensa venderla más adelante a... a quien sea. ¡Si al menos localizásemos a Terence Emerson, podríamos vigilarlo Dará...!

– Ya lo han encontrado.

– ¿A quién? ¿A Emerson?— exclamó Alma.

– Sí. Fue localizado en un hotel de la Tercera Avenida, el Clarión. Su nombre apareció cuando la Policía, que está colaborando, procedió

a interesarse por las listas de personas alojadas en hoteles y demás. Nos avisaron por la radio del coche mientras usted estaba sola dentro de esta casa.

Alma Lombard estaba un tanto sorprendida. ¿Habían encontrado a Terence Emerson..., y no se lo decían hasta ahora, cuando ya hacía más de media hora que todos habían llegado a la casa de Tenebro?

Y de pronto, comprendió.

– ¿Estaba muerto Emerson en su hotel?

– Sí. Tres balazos al corazón.

– ¿Han encontrado algo interesante en su cuarto?

– Por el momento, supongo que no, pues de otro modo nos habrían avisado.

Alma asintió, con gesto cansado.

– No creo que encuentren nada... Tenebro se habrá asegurado bien de que cortaba toda posible pista hacia él. ¿Alguien vio algo? ¿Vieron a un ciego, o quizá a un mastodonte de cabeza rapada entrar o salir del hotel...?

– Están en eso; pediré más datos dentro de unos minutos. De cualquier modo, creo que usted debería retirarse ya de esto. Lo mejor sería que regresase a la clínica.

– Prefiero esperar aquí las últimas noticias.

Notó la vacilación antes de oír de nuevo la voz amiga:

– Está bien, supongo que ya no tiene importancia. ¿Necesita alguna cosa?

– Agradecería un cigarrillo... encendido.

El cigarrillo encendido le fue colocado entre dos dedos de la mano derecha. Comenzó a fumar, pero muy pronto se dio cuenta de que no tenía objeto hacerlo: era una tontería fumar sin ver el humo. ¡Qué cosa tan curiosa! Dejó caer el cigarrillo, y pidió:

— ¿Quiere alguien apagarlo, por favor?

— Sí... Con gusto — oyó una voz más joven, tensa.

Oyó el leve ruido del pie en el suelo, aplastando el cigarrillo. Cerró los párpados, y se recostó en el sillón. Estaba tan cansada... No supo el rato que había pasado cuando notó la presión de una mano en un hombro.

— ¿Sí? — se irguió, abriendo los ojos... para nada.

— Noticias sobre la investigación preliminar en el Clarion Hotel: nadie vio ningún ciego por allí. Ni a un gigante con la cabeza rapada. Evidentemente, Tenebro dispone de más personal, que fue el encargado de asesinar a Terence Emerson.

— Puesto que yo no sé cuántos hombres tenía aquí, podría admitir eso — murmuró Alma —, pero lo dudo. Yo creo que, comprendiendo el gran peligro que significábamos Nelson y yo, Tenebro los ha liquidado a todos; ha hecho... limpieza general. Nelson Marks debía

conocer a todos sus hombres, así que no le interesa a Tenebro andar por ahí con gente conocida.

– Si las cosas son como usted dice, ha tenido que ser él, o su gorila, quien haya matado a Emerson. Pero puesto que nadie ha visto en el hotel a ningún gigante ni a ningún ciego... Además, ¿cómo podría Tenebro saber que usted y el doctor Marks están vivos?

– Supongo que el aterrizaje de un helicóptero pilotado por una ciega en Central Park será una noticia cuando menos curiosa, que las emisoras de radio habrán difundido, aunque sólo sea como una curiosidad. Por lo tanto, él liquidó a toda su gente. Pero entonces..., ¿a quién envió a matar a Emerson? Porque si en el hotel nadie vio... ¡Un momento! ¡Tenemos a Nelson Marks!

– Claro. ¿Qué está pensando...?

– ¡Querrá matarlo! ¡Tenebro querrá matar a Nelson, estoy segura! ¡Nelson Marks conoce la fórmula del Blindly, de modo que Tenebro querrá matarlo! Tiene que matarlo...

– ¡Es cierto! Pero... no debemos preocuparnos por eso: el doctor Marks está a salvo, bien seguro, de modo que Tenebro jamás llegará hasta él...

– Desde luego que llegará — se puso en pie vivamente Alma Lombard—. ¡Ya lo creo que llegará! El es muy listo, ¿no es así? Por lo tanto... ¡llegará hasta Nelson Marks!

– Eso es imposible. Y aunque se acercase al lugar donde lo tenemos, jamás conseguiría cruzar el cordón de vigilancia que...

– No me entiende — movió la cabeza Alma Lombard—. ¡Le estoy diciendo que Tenebro debe llegar hasta Nelson Marks...!

Alma Lombard supo que los hombres que estaban cerca desella la estaban mirando, sin comprender, de momento. Pero ellos tenían que comprender..., y comprendieron, finalmente.

– Eso puede ser muy peligroso — sonó por fin la voz de Fenwick.

– Lo sé. Pero tenemos que hacerlo.

Un nuevo silencio de duda, de vacilación...

— De acuerdo: lo haremos.

CAPITULO IX

El pequeño chalé, rodeado de un bonito jardín, estaba cerca de Hempstead, en Long Island. Frente a la pequeña valla pintada de blanco que delimitaba el jardín por la parte delantera, separándolo de la amplia y tranquila avenida de la zona residencial, había un coche estacionado.

Dentro del chalé, en la salita, dos hombres sentados frente a frente miraban de cuando en cuando a la muchacha pelirroja. Parecían estar más pendientes de ella que de la partida de ajedrez que estaban jugando. Por su parte, Alma Lombard permanecía sentada en el centro del sofá, inmóvil, como pensativa, completamente relajada...

– ¿Quiere que le prepare algo de beber? — preguntó uno de los hombres.

– No, gracias —sonrió Alma—. ¿Cómo va la partida?

– Bastante aburrida.

– ¿De veras? No comprendo cómo alguien puede aburrirse jugando al ajedrez, francamente.

– Quizá es porque no prestamos la atención debida al juego.

– ¡Ah...! ¿Y eso por qué?

– La miramos más a usted que al tablero Demonios..., ¿cómo puede soportar esto, cómo puede estar ahí sentada como si tal cosa, sin hacer nada, sin tan siquiera leer algo, o jugar al ajedrez...? ¡Y llevamos así casi setenta horas!

– Es cuestión de paciencia, nada más.

– Sí, pero puesto que nadie más que nosotros la está viendo, podría usted distraerse con algo, ¿no cree? Por ejemplo... ¡Están llamando!

La llamada había sonado a la vez en las tres radios de bolsillo. Pero Alma Lombard, que tenía la suya junto a ella, sobre el sofá, alargo la mano, la tomó, y fue la primera en comunicarse.

— ¿Sí? — exclamó.

«Un coche desconocido acaba de aparecer... Quiero decir que no es ninguno de los que tenemos identificados y controlados, propiedad de los vecinos de nuestro chalé.»

—Entiendo. Gente nueva... ¿Qué hace el coche? ¿Se ha detenido?

«No. Está circulando lentamente... Hay dos hombres dentro.»

— ¿Cómo son?

«No vemos nada especial en uno de ellos, el que va sentado junto al conductor. En cuanto a éste, es enorme, y lleva la cabeza rapada..., o es calvo. Yo diría que es Oliver..., salvo que pueda haber otro sujeto parecido.»

— Podría ser — admitió Alma—, pero me parecería demasiada

coincidencia. ¿El coche se está acercando aquí?

«No... Da la impresión de que el conductor está buscando determinada dirección, o que se ha desorientado.»

— ¿Pueden ver bien al otro?

«Bueno, no es nada fácil. Es de noche, y aunque las avenidas no están mal iluminadas, ese hombre está dentro del coche, claro. El calvo sí destaca: le brilla la cabeza. Una cabezota enorme que...»

— El otro... ¿Cómo es el otro? Hagan lo posible por verlo bien, y descríbamelo.

«Bueno, ya le he dicho que parece corriente... Ya no lo veo...»

«Yo sí —intervino otra voz—. El coche está pasando ahora frente a mi punto de vigilancia. El conductor va está descrito: el calvo enorme. El otro es corriente... Parece tener alrededor de cuarenta años..., cabellos ondulados... Su rostro es muy blanco, destaca mucho en la oscuridad del coche...»

— ¡Ese es Tenebro! —exclamó Alma.

«Podría ser. Y si es él significaría que toda nuestra trampa ha funcionado: aunque aparentemente hemos hecho todo lo posible para que nadie supiese que sacábamos de la clínica a Nelson Marks, y lo traíamos a un lugar privado y tranquilo, la realidad es que nuestro sistema de filtración ha funcionado, y que el Profesor Tenebro se ha enterado. Lo que me gustaría saber es cómo lo ha conseguido.»

— ¿Qué más da? — replicó Alma Lombard —. Lo que nosotros queríamos era que lo supiese, y parece que ha funcionado el truco. Está claro que Tenebro tiene buenos recursos de información, pero esta vez le van a meter en la trampa..., si es que realmente ha caído en ella. ¿Sigue circulando el coche?

«Sí... No. Espere, acaba de detenerse...»

— ¿A qué distancia de aquí?

«Como un cuarto de milla, calculo. Yo diría que demasiado lejos si realmente Tenebro piensa ir ahí para asesinar el doctor Marks... ¡Se ha puesto de nuevo en marcha! Se aleja de mi punto de vigilancia...»

«Está entrando en mi zona —intervino otra voz—. Veo perfectamente la cabezota de este gorila calvo... Está pasando por delante de mí... Vuelve a detenerse... El gorila está utilizando ahora unos prismáticos, como yo... Está mirando hacia ahí.»

— ¿Hacia aquí? — exclamó Alma—. ¿Hacia nuestro chalé?

«Yo diría que sí... Baja los prismáticos... El coche vuelve a circular. Se está acercando al chalé... Va a pasar por delante de ustedes de un momento a otro. ¿Pueden verlo?»

Uno de los hombres que había estado jugando al ajedrez se puso en pie, y salió corriendo de la salita, llevándose la radio por la que había estado escuchando toda la conversación. Llegó a toda prisa a una habitación que daba a la fachada de la casa, entró en ella sin

encender la luz, y fue a colocarse junto a la ventana, mirando enseguida cautelosamente hacia fuera... Se colocó la radio ante la boca.

— Está llegando ahora — murmuró —. Ni siquiera necesito prismáticos para ver al conductor. Tiene que ser el tal Oliver, desde luego. Se detiene... Veo algo brillante en la ventanilla del conductor. ¡Es un rifle que...!

«Tranquilícese —sonó la voz de Alma en la radio—. No creo que vengan a demoler una casa con una simple granada. Lo que quizá quiera disparar es alguna cápsula de Blindly, pero eso no le servirá de nada, puesto que...»

— ¡Ya no veo el rifle..., si es que era un rifle! Y el coche vuelve a circular. Se aleja... ¡Pero ha disparado algo! Creo que ese hombre...

Dejó de hablar, y se volvió vivamente hacia la puerta, en la que acababa de aparecer Alma Lombard. Esta llegó junto a él antes de que tuviese tiempo de decir nada más. Acercó la boca a su oído, y susurro:

– Es un micrófono-dardo. Volvamos a la sala sin hacer ruido.

– Entiendo. Todos en silencio — murmuró, pegada su boca a la radio.

Regresaron a la salita, y cada uno ocupó el puesto anterior: Alma en el sofá, el hombre frente a su compañero, separados por la mesita que sostenía el tablero de ajedrez. Los dos hombres cambiaron una mirada.

– Tú mueves — dijo tranquilamente el que no se había movido de su sitio.

– Vete al demonio... ¿Qué voy a mover? ¡Hace más de media hora que me estás acosando como a una bestia!

— La culpa es tuya —rió el otro—. Todo lo que tienes que hacer es darte por vencido, y aceptar de una vez el jaque mate.

— ¡De acuerdo, de acuerdo...! ¡Jaque mate! ¡Vete a...!

— ¿Por qué demonios tienes que gritar siempre que pierdes? Estoy hasta las narices de jugar contigo, ¿te enteras? Y otra cosa: tú has perdido, así que te toca preparar la cena.

— ¡La cena! ¡Ya hemos cenado hace más de dos horas!

– Bueno, pues prepara un bocadillo... Y algo de beber. ¿Le apetece algo especial, señorita Lombard?

– La verdad es que sí — asintió Alma—, pero se nos ha terminado, me parece. Me refiero al champaña.

– Cierto: se terminó. Y también el whisky... Y hasta me parece que durante la cena terminamos con casi todos los comestibles, de modo que la fiesta no es demasiado divertida. ¿Cómo puede usted soportar este aburrimiento?

– No tengo nada mejor que hacer..., ni ahora ni nunca, supongo.

– Bueno, no debe usted...

– ¿Por qué vamos a engañarnos? — cortó Alma—. Estoy ciega, y todo lo que puedo hacer es permanecer aquí, junto a Nelson, vigilando su mejoría... Seguramente, les pareceré muy egoísta, pero él... él me dijo que me amaba aunque fuese ciega... ¡Oh, Dios mío!

Los dos hombres se pusieron en pie, y se acercaron a Alma. La comedia estaba en todo su apogeo. Uno de los hombres puso una mano en un hombro de la pelirroja.

– Vamos, cálmese... La comprendemos. Ese pobre hombre quizá dijo la verdad. ¿Por qué ha de parecemos usted egoísta? Si él dijo que la amaba, es lógico que usted se aferré a esa parte de la vida que todavía está a su alcance... De todos modos, usted no debería estar aquí, no tiene objeto..., y en cambio, puede resultar peligroso.

– Tampoco hay que exagerar —dijo el otro—. ¿Quién podría saber que el doctor Marks está aquí? Se me está ocurriendo algo... ¿Qué tal si me llego a Hempstead a buscar algo de comer y de beber? ¡Incluso podría traer una botella de champaña!

– No digas tonterías: no podemos movernos de aquí.

– Puedo ir yo solo... ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

– Por favor, no discutan más —dijo Alma—. Su idea me parece buena... Vaya a buscar algo de comer y beber. Vayan los dos. Tengo... deseos de estar sola un rato...

– Eso es imposible, señorita Lombard. Con uno solo que...

– Por favor, vayan los dos. ¡Quiero estar sola un rato! ¿No pueden comprenderlo?

Los dos hombres cambiaron una mirada. Una mirada en la que ya no había comedia, sino una auténtica preocupación por la suerte que pudiese correr Alma Lombard. Pero, todo había sido estudiado, todo había sido previsto en la comedia..., y ellos tenían que hacer su parte.

– Está bien... Iremos los dos. Supongo que media hora de tranquilidad la serenará un poco. Sentimos mucho que nuestras discusiones la hayan puesto nerviosa, pero...

– Está bien; lo siento... No quería ser brusca con ustedes.

– ¡Bah, bah...! No se preocupe, tenemos el pellejo muy duro. Bien, volveremos dentro de media hora, o quizá antes. ¿Seguro que desea quedarse sola?

– Seguro.

– Pues hasta luego. Vamos, tú.

Los dos hombres salieron de la salita, cruzaron el pequeño vestíbulo, abrieron la puerta, Salieron al porche... Recorrieron el senderillo del jardín, salieron a la acera... Entraron en el coche, y enseguida se oyó el zumbido del motor. El coche se alejó.

Alma Lombard permanecía inmóvil sentada en el sofá. Pasó un minuto. Dos. Tres, cuatro, cinco... Un suavísimo silbido, apenas perceptible, sonó en el radio de bolsillo, y Alma la acercó a su boca.

— ¿Qué? — susurró.

Casi no pudo oír la respuesta:

«Un nombre y un gato van hacia la casa. Suponemos que es Tenebro; Oliver se ha quedado en el coche. ¿Vamos...?»

— No. Esperen. Y en silencio total.

Dejó de nuevo la radio. Pasó otro minuto. Y otro. Y otro... El leve sonido de la cerradura de la puerta de la casa llegó al fino oído de Alma Lombard. Luego, oyó, muy tenues, los pasos humanos... Por supuesto, no los del gato. Pero sí los humanos, levísimos, suaves... Llegaron a la puerta de la salita.

Alma Lombard volvió la cabeza hacia allí, y la luz se reflejó en sus verdes pupilas.

— ¿Dennis? — preguntó.

Silencio.

— ¿Orwell? ¿Es usted, Orwell? ¿Dennis? ¿Ya han vuelto...?

Silencio.

La voz de Alma Lombard sonó más crispada:

— ¿Dennis?

Sonó una risa baja, profunda, bien timbrada. Luego, la voz:

—No, señorita Lombard: no soy ni Dennis ni Orwell. Calculo que tardarán todavía veinte minutos en volver.

Alma Lombard se había erguido vivamente, se había tensado. Su rostro se crispó.

– ¡Tenebro! —susurró—. ¡No es posible!

– Ya ve que sí. Y le agradezco mucho que su... amor por el doctor Marks la haya impulsado a permanecer junto a él: de este modo, como suele decirse, mataré dos pájaros de un tiro.

– ¿Ha venido... a matar a Nelson?—gimió Alma.

– Por supuesto. Ustedes ya debieron imaginarse que lo intentaría, ya que tanto se han molestado en retirarlo de la circulación, de cualquier lugar donde su nombre pudiese ser localizado, incluso de su clínica privada, tan segura... Han cometido un error. Ahora, morirán los dos.

– No... ¡No! Usted... usted dijo que... que quería recuperarme, no quería que yo muriese...

– He dejado de sentir interés por usted. Además, es demasiado peligrosa. Trabaja con la C.I.A., ¿no es cierto? O con algún organismo similar... No, no me interesa tenerla a usted conmigo. Lo siento por el pobre Oliver, pero tendrá que desistir de gozar de usted. Creo que debí permitirle hace días que la violase... ¡Se habría enterado usted de lo que un hombre puede hacerle a una mujer! Aunque siempre hay cosas peores que ser violada, se lo aseguro...

– ¡No podrá matarme, no podrá encontrarme, usted es tan ciego como yo...!

Alma Lombard se puso en pie, y se desplazó velozmente. La risa de Tenebro, que había girado la cabeza siguiendo la dirección de su marcha, volvió a sonar.

— Está muy equivocada conmigo, señorita Lombard... Pero de todos modos, no necesito ver para terminar con usted. Traigo un amigo que no sólo me ahorrará ese trabajo, sino que le hará sentir a usted todo el peso de mi odio por lo mucho que ha perjudicado usted mis planes... Creo que ya lo conoce... Saluda a la señorita Lombard, Tenebro.

– Miiaaoooo... — sonó la dulce voz del gato.

– ¿Lo ha oído? Tenebro va a encargarse de usted, y luego, yo me daré el gusto de matar al doctor Marks, ese traidor... ¿Cree que no me di cuenta de que había algo... especial entre ustedes? ¡Y el modo estúpido en que él la defendió...! Así que decidí quitarlo de en medio. Y eso voy a hacer ahora... ¿Permanece en silencio para que yo no sepa dónde está, señorita Lombard? Eso es absurdo, pero, además, tengo a Tenebro... La va a matar él solo... No es la primera vez que mata a una persona... ¿No sabía esto?

– No, por favor— tembló la voz de Alma Lombard—. ¡El gato, no! ¡Prefiero que me mate de un tiro, como hizo con Emerson...!

– ¡Ah, sí...! ¡Pobre Emerson! Cuando le disparé...

– ¿Usted? ¿Lo hizo usted mismo? ¿Cómo pudo conseguirlo...? Sabemos que ningún ciego entró en el hotel, la gente se habría dado cuenta... ¡No pudo ser usted! Un momento... ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? ¿Lo ha traído Oliver? ¿Está aquí?

— ¿Oliver? No, no... El se ha quedado en el coche, esperando.

– Entonces..., ¡le ha guiado el gato! Pero no es posible...

– Claro que no. Yo he guiado al gato, señorita Lombard. Si usted pudiese ver, se llevaría una gran sorpresa conmigo... ¿Recuerda mis ojos casi blancos, tan... inquietantes y pavorosos?

– Sí... ¡Sí!

– Pues bien, no son realmente mis ojos, sino un... pequeño e ingenuo truco. Son... lentillas de contacto, en realidad. Pero no como las que usa usted..., o usaba, sino más grandes. Son tan grandes que cubren completamente toda la parte del ojo visible, incluida la córnea, ¿comprende? Con ello, consigo dos cosas. Primera, parecer un auténtico ciego. Segunda, proteger mis ojos del Blindly, al mismo tiempo que puedo ver a través de la gran lentilla mientras los demás se quedan efectivamente ciegos...

– ¡Ahora comprendo! ¡He pensado tanto en eso...!

– ¿A qué se refiere?

– Me he preguntado muchas veces cómo Derek Newton pudo verme en el Night Club Night tan bien que me golpeó a placer en el punto adecuado de mi cabeza... ¡Se puso unas lentillas gigantes, como

las que usted usa! Y Oliver también, ¿no es cierto?

– Exacto.

– Pero... yo llevaba lentillas entonces... ¿Por qué yo perdí la visión y ellos no?

– Sus simples lentillas no eran suficiente para proteger sus ojos, ya que el gas entraba en contacto con la córnea. Desde luego, los efectos no son tan intensos en una persona con lentillas que con una persona que no las use, pero el gas actúa, de todos modos... Lo que no sé es hasta qué punto. Precisamente, tengo que seguir investigando cosas en ese sentido...

– Por eso proseguían las investigaciones en su... Palacio, ¿no es así? Porque quería saber a qué atenerse, quería experimentar hasta qué punto unas lentillas como las mías, normales, podían proteger los ojos de las personas que fuesen sometidas al Blindly. Usted, con sus lentillas especiales que cubren toda la parte frontal del globo ocular, está a salvo. Pero los demás, sólo parcialmente. Y al decir parcialmente, no me refiero a los efectos del Blindly, sino a su duración, exclusivamente. Actúan de todos modos, sobre la córnea, provocando la pérdida de la visión, pero... ¿por cuánto tiempo? ¿Y hasta qué punto protegen? ¿Pueden proteger, por ejemplo, del Blindly-1000, de tal modo que la ceguera no sea irreversible, sino temporal, gracias a esas pequeñas lentillas corrientes?

– Es usted muy inteligente. Sí, eso es lo que estaba investigando, incluso con usted. Y parece que mi última versión del gas Blindly-1000 fue definitiva: con lentillas o sin lentillas, el 1000 tiene efectos irreversibles... ¡Todo un éxito, por fin!

– Felicidades, Profesor Tenebro. ¿Y ahora? ¿Va a vender su fórmula, como tenía pensado utilizando la mediación de Emerson? ¿O quizá la ha vendido ya?

– No. Todavía no. He tenido que tomarme las cosas con calma, tengo que reorganizarme... No importa: pronto conseguiré los cien millones de dólares de Nueva York. Acto continuo, haré la demostración, y luego buscaré el modo de ponerme en contacto con rusos, chinos, británicos, japoneses...

— De modo que aún no ha vendido la fórmula a nadie...

– Aún no. Y puesto que sólo yo y el doctor Marks la conocemos, comprenderá que lo que debo hacer ante todo, antes de que él esté en condiciones de dictarla a alguien, es matarlo.

– Pero antes, quiere disfrutar viendo cómo su gato destroza a una pobre ciega, ¿no es eso, profesor?

– ¡Oh, sí...! ¡Es tan... emocionante!

– Claro. Bueno, ya que usted asegura que no es ciego, que ve perfectamente, dígame, Tenebro: ¿qué es esto?

Haciendo la pregunta, Alma Lombard sacó rápidamente su pistola

de debajo de la falda, y apuntó en dirección a Tenebro, fijas en el vacío sus pupilas verdes...

— Es una pistola —rió Tenebro—. Mi vista es excelente, señorita Lombard, de veras. La veo con todo detalle a través de mis lentillas especiales, de mis ojos blancos... Sí, es una pistola, pero..., ¿qué espera conseguir con ella? ¿Realmente cree que podrá acertar tan siquiera sea una sola vez a mi pequeño, veloz y furioso Tenebro? ¿Realmente tiene usted esa esperanza?

– Tengo una puntería excelente, profesor.

– Quizá. Pero no una vista excelente. ¿Hacemos la prueba?

– Cuando usted guste.

– Muy bien... ¡Tenebro, mata...!

El negro gato, que había estado junto a los pies de su amo, fija la verdosa mirada en Alma Lombard, pareció recibir una descarga eléctrica al oír la orden; su lomo se curvó, su pelaje se erizó, sus fauces se abrieron, mostrando el rojo interior, y los blancos colmillos...

— ¡FffúUUUUuuu...! — bufó, saltando hacia Alma Lombard.

Esta movió la pistola siguiendo la trayectoria del salto del gato, y apretó el gatillo... La cabeza del animal reventó como si fuese un tomate extraordinario, el cuerpo dio varias vueltas en el aire, y cayó, inerte, ante los pies de Alma Lombard..., mientras Tenebro, lanzando una exclamación, llevaba la mano derecha hacia la axila izquierda...

Plop, volvió a disparar Alma Lombard.

La bala alcanzó a Tenebro en el pecho, en pleno corazón, y lo derribó violentamente, con los pies hacia el techo. Rebotó duramente en el suelo, ya cadáver, y se deslizó hacia la salida de la salita, de espaldas, cara al techo...

Alma Lombard ni siquiera miró a Tenebro. Corrió hacia la radio, que continuaba sobre el sofá, la tomó, y la acercó a su boca.

– ¡Que no se escape Oliver! —gritó—. ¡Ya sabe que he matado a Tenebro, así que intentará...!

– ¡Lo está intentando! Los nuestros le han... ¡Está loco! ¡Ha salido disparado, y no parece que quiera...! ¡Cielos!

Por la radio, llegó a oídos de Alma Lombard el estampido, el estrépito...

– ¿Qué ocurre? — gritó de nuevo—. ¿Qué pasa?

– Algunos de los nuestros le han disparado, porque no obedecía las señales de alto... El coche ha dado tres vueltas de campana, se ha incendiado, se ha estrellado contra un árbol..., y árbol, coche y Oliver están ardiendo...

– Mejor —se estremeció Alma—. Prefiero no haber vuelto a ver a ese... mastodonte.

– ¿Está usted bien?

– Naturalmente.

– ¡Vamos para ahí!

– De acuerdo. Ya no tengo ningún inconveniente en ello. No se den prisa, tranquilos... Les aseguro que aquí todo está debidamente solucionado...

Cerró la radio, la dejó sobre el sofá, y se dirigió directamente hacia donde yacía el cadáver del Profesor Tenebro. Dejó la pistola en el suelo tras arrodillarse, y estuvo unos segundos contemplando el pálido rostro del hombre, y los blancos ojos siempre fijos.

Con los dedos de la mano izquierda, abrió cuanto pudo los párpados de un ojo de Tenebro. Con los de la mano derecha buscó cuidadosamente el borde de la gran lentilla... Utilizó el extremo de una uña para hacer palanca, tiró con todo cuidado, y pareció que el ojo de Tenebro saliese de su órbita... Pero no fue el ojo lo que salió, sino la media esfera de fino cristal que tenía impresa una pupila blancogrisácea. Y entonces quedó visible el verdadero ojo de Tenebro; un ojo oscuro, grande, reluciente..., y desorbitado, hierático, paralizado, ahora sí, para siempre, por la muerte que había llevado a su cuerpo la bala disparada por Alma Lombard.

Esta alzó la cabeza al oír las pisadas de varios hombres. Sonrió cuando aparecieron Fenwick, los dos jugadores de ajedrez, y más hombres, todos tensos, aún crispados...

Se detuvieron ante ella, que se incorporó, y mostró la lentilla semiesférica en la palma de la mano.

— He aquí — dijo—, el simple truco de un canalla... interesante. Posiblemente, un genio de la química... Pero, desde luego, no consiguió el éxito total, como él creía.

Dicho esto, la señorita Alma Lombard procedió a quitarse sus lentillas... Unas lentillas prácticamente idénticas a las que había estado utilizando el profesor Tenebro, el cual no pudo asistir al último de sus fracasos, no pudo ver los sonrientes ojos de Alma Lombard, bellísimos, desplazándose de uno a otro de los nombres que la contemplaban ansiosamente.

— Me apuesto con cualquiera una botella de champaña— dijo—, a que si hay una mosca volando en esta casa, la veré antes que ustedes...

ESTE ES EL FINAL

– Bien — murmuró Nelson Marks, cuando Alma Lombard terminó la explicación—. Le tomó usted el pelo a Tenebro, evidentemente.

– Eso creo — sonrió la bella Alma, chispeantes sus verdes ojos.

– De todos modos, fue muy arriesgado...

– No crea. Yo tenía todas las de ganar, porque ya sospechaba que él veía, y él, en cambio, estaba convencido de que yo no venía. Todas las ventajas estaban a mi favor.

– Sí, claro... Me alegro tanto... Tiene usted unos ojos preciosos, señorita Lombard...

– ¿Incluso con lentillas?

– Bueno, yo creo que debe usted felicitarse por usar lentillas de contacto, ya que de no haber sido así, y de no haber querido Tenebro proseguir con usted sus experimentos en esas circunstancias, ahora estaría ciega de verdad..., o muerta. ¿Cuándo recuperó la visión?

— Cuando estábamos simulando que le trasladábamos a usted desde aquí al chalé. Inmediatamente, entre mi jefe y yo lo organizamos todo aún mejor de lo que yo había planeado en un principio para tenderle la trampa a Tenebro.

– De todos modos, es usted muy valiente... Me temo que yo no lo soy tanto. Y a propósito: ¿qué harán conmigo cuando esté bien?

– Bueno, eso depende — reflexionó Alma Lombard.

– Depende..., ¿de qué?

– Inicialmente, me temo que será usted considerado como un cómplice de Tenebro. Sin embargo, no dudo que será tenido en cuenta su gesto conmigo. A decir verdad — sonrió —, me las estoy arreglando para que cuando usted esté bien del todo pueda salir de aquí sin sufrir molestia alguna..., y espero conseguirlo. Todo ello, si me promete solemnemente una cosa.

— ¿Qué cosa?

– Que no dirá a nadie la fórmula Blindly.

– No había pensado decirla a nadie. No lo haré aunque me maten —se estremeció—. ¡Ni aunque me hagan pedazos!

– Gracias. ¿Se da cuenta...? ¡Usted también es valiente, Nelson! Todo lo que tiene que hacer cuando salga de aquí, o cuando vengan a preguntarle, es asegurar que Tenebro era quien conocía la fórmula y quien dirigía personalmente la fabricación del gas... Eso es todo. ¿Cuento con ello?

– Ya le he dicho que sí.

– Estupendo. Bien, creo que debo marcharme ya. Lamento no seguir siendo ciega, Nelson...

– ¿Qué dice? — exclamó Marks, palideciendo—. ¡Eso es una

barbaridad!

– No tanto. Según yo entiendo, a usted le gustan las ciegas.

— ¿Que a mí me...? ¿Qué quiere decir? ¡A mí no me gustan las ciegas! ¡A mí me gustaba usted aunque fuese ciega, pero si puede ver, mejor, porque...! Un momento... ¿Quiere decir que le importa a usted gustarme... o no gustarme?

– Claro que me importa.

– ¿O sea que...?

– A decir verdad, había pensado solicitar que, puesto que ya está bastante bien, me permitiesen llevarlo a mi apartamento, para que termine allí de ponerse bien...

– ¿Un invitado de honor?

– Sí... Sí, sí...

– ¿Con derecho a todo?

– A todo — susurró Alma Lombard.

– ¿A todo?

– A todo...

Nelson Marks estuvo unos segundos mirando el hermoso rostro de Alma Lombard, su escote, su delicada garganta, las bellas formas de los senos... Y de pronto, comenzó a gritar:

— ¡Enfermera...! ¡Enfermera, mi ropa...! ¡Enfermeraaaa...!

FIN